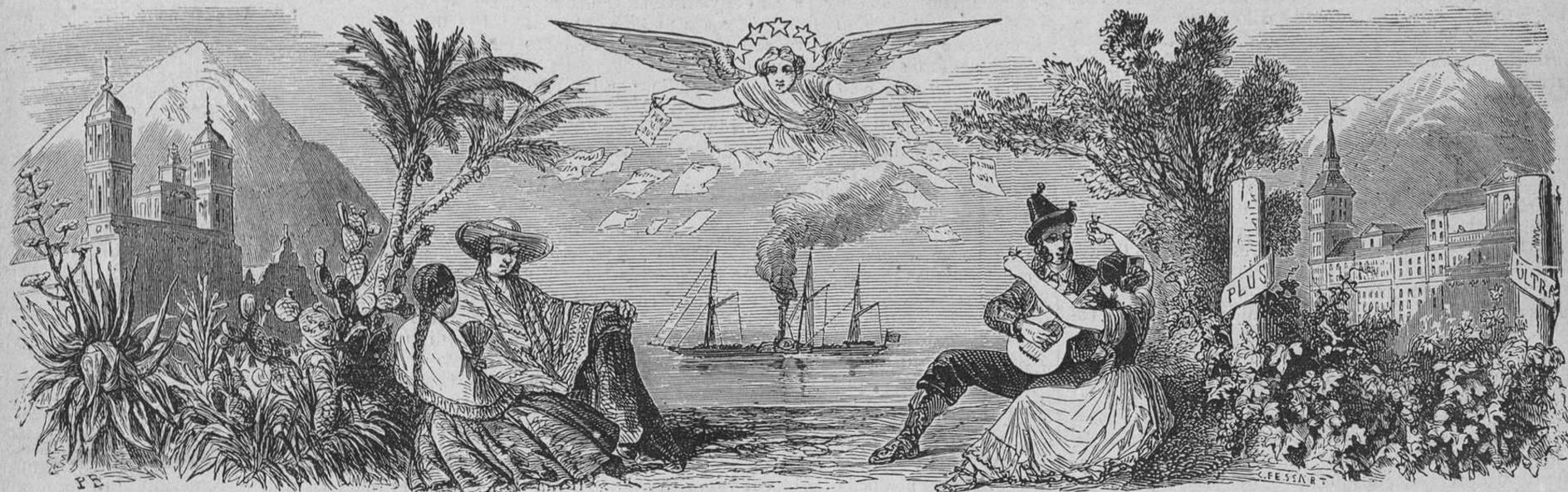


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 772.

## SUMARIO.

Colocacion de la primera piedra en una casa de sanidad en Lima; grabado. — Mas vale pájaro en mano.... — Poe-

sia. — Al-Hischam y Maliba. — La familia real de Prusia en el Burg de Hohenzollern; grabados. — Augusto Perdonnet; grabado. — Revista de Paris. — Sericicultura. — El monitor « Onondaga; » grabado. — Exposicion universal de 1867; grabado. — Galerias de obras de arte en la Exposicion uni-

versal; grabados. — Debe y haber. — El palacio del bey de Túnez en la Exposicion universal; grabados. — Los usos del baston; grabados. — Oliverio. — Problemas de ajedrez; grabado. — El ascensor mecánico en la Exposicion universal; grabado.



LIMA. — Colocacion de la primera piedra de una casa de sanidad para la colonia francesa.

## Colocacion de la primera piedra

DE UNA CASA DE SANIDAD EN LIMA.

La fiesta del 15 de agosto, que cada año se celebra con gran pompa por los numerosos franceses residentes en Lima, ha tenido en 1867 un brillo inusitado.

A las ocho de la mañana, la compañía francesa de bomberos, de toda gala y con la bandera desplegada, marchaba á la legacion de Francia para recibir de manos de M. E. de Lesseps, dos hachas de honor concedidas por unanimidad, una á su jefe, M. T. Wattecamp, y otra á M. Davelouis, su abanderado.

Terminada esta ceremonia, los franceses en masa pasaron á la iglesia de Santa Ana para asistir al *Te Deum*.

La afluencia era considerable, y una sociedad coral exclusivamente francesa, improvisada en ocho dias bajo la inteligente direccion de los señores Maurin y Canteinat, interpretaba, durante el servicio divino, hermosas producciones de la música sagrada.

A las dos de la tarde, otra solemnidad de distinto carácter, aunque no menos patriótica, atraía la muchedumbre á uno de los extremos de la ciudad.

M. E. de Lesseps colocaba la primera piedra de una casa de sanidad, adquirida con los capitales de la sociedad francesa de beneficencia. Con este motivo se pronunciaron varios discursos, primero por M. de Lesseps, luego por el R. P. Gracia, presidente, y por B. Poumaroux, uno de los decanos de la colonia francesa. Se levantó acta de la inauguracion, y recibió sobre la marcha mas de quinientas firmas. C.

## Mas vale pájaro en mano,

QUE BUITRE VOLANDO.

PROVERBIO.

I.

Toda la familia estaba en movimiento: se limpiaban las habitaciones, se barriaban los pisos, se preparaba la mesa: la cocina parecía un volcan: veinte guisos se confeccionaban bajo la direccion de la tia Bernarda, cocinera de un canónigo de la catedral de Murcia.

La colcha de damasco cubria un monton de blandos colchones que se habian tendido en el catre de «caoba»; la vajilla de «china» salia del armario, en donde habia estado muchos años simétricamente colocada.

La manteleria en que se sirvió el refresco al rey Fernando se hallaba sobre la mesa.

Doquiera dirijamos la vista, se ven esos grandes preparativos con que en los pueblos se recibe á un huésped.

La llegada de este es un acontecimiento que queda consignado en el archivo de la casa, y sirve de comidilla á la conversacion de los desocupados del pueblo, que por espacio de un año no cesan de recordar las cualidades del forastero.

Y no era el que esperaba doña Robustiana Cedillo de Terrones un huésped cualquiera, no; todo se lo merecía Juanito Rioja, inmediato sucesor de los vínculos que poseía su padre don Diego, opulento mayorazgo de Quintanar de la Orden.

— No debe tardar, decia doña Robustiana á sus hijas Gertrudis, Eduvigis y Carlota, porque, segun dice la carta que ha leído Carlótica, llegará á medio dia.

— No, mamá, al anocheecer; así lo dice la carta.

— Te digo que sí; pues aunque no sé «de letra,» tengo, á Dios gracias, buena memoria.

— Lo que Vd. quiera; pero yo así lo he visto escrito.

— Pues vuelve á leerla.

Carlota leyó lo siguiente:

«Apreciable prima Robustiana: mañana al ponerse el sol, Dios mediante, llegará á esa el «chico,» el cual espero no os molestará, atendido á su buen carácter y á los deseos que tiene porque continúe la íntima amistad que nos une.

» Mucho celebraré que logremos realizar nuestro proyecto de Albacete, tanto mas, cuanto tu difunto esposo tambien lo deseaba.

» Afectuosos recuerdos á mis sobrinas, y tú sabes puedes mandar cuanto quieras á tu afectísimo primo.

» DIEGO. »

— ¿Lo ve Vd., cómo yo tenia razon? dijo Carlota, muy contenta de haber obtenido aquel triunfo.

— Lo mismo da, dijo la viuda algo picada; pero luego á la hora que llegué, vuestro primo Juanito viene á esta casa, y confío que le recibireis con mucho agasajo, pues no es moco de pavo; tendrá una pingüe renta, y la que se case con él tiene hecha su felicidad con que á ver cuál de vosotras conquista su corazon.

Nada contestaron las muchachas, y doña Robustiana dijo para sí:

— ¡Qué talento tengo para los «casorios!» ya se ve, cuando una ha casado á tres..., la práctica hace maestros... ¡y es preciso casar á las restantes!... ¡cuál de ellas, continuó, lo mareará!... Gertrudis ya dió á conocer en Almansa su afición á los militares, además que

es algo dengosa... Eduvigis está comprometida, como suele decirse, con su otro primo, el de Fuenteavilla... Carlótica: esta me parece que lo ha de enamorar, sin embargo, que tiene un carácter... pero no obstante, creo que hará algo... ¡preparamos!

— Ya lo sabeis; que todo se halle corriente, no vaya á creer Juanito que entra en una casa de poco mas ó menos; iros á arreglarlo, y tú, Carlota, quédate á ayudarme á contar «la plata» que hay en el cofre grande.

Lo que llamaba doña Robustiana «la plata,» eran seis docenas de cubiertos, cuyo peso duplicaba al de otros tantos como los que hoy se usan.

Solas ya madre é hija, comenzó aquella por interrogar á esta.

— Dime, Carlótica, hija mia; ¿te acuerdas de Juanito, aquel primo con quien jugabas en la era del tío Crisantos?

— Vaya si me acuerdo, como siga tan ganso como entonces, debe estar bueno.

— Sí, ganso, despues que su padre se ha gastado en su educacion «un rio de oro:» cuatro años lo ha tenido en las escuelas pías de San Anton de Madrid.

— Imposible, mamá, aquel siempre será el mismo; tan pazuato, tan soso...

— Qué gato ni qué gata; la verdad es que si tú te casases con él, tú que siempre suspiras por la córte, podrías vivir en ella, pues él rentas tiene para gastar como un príncipe.

— Mamá, por Dios: ¿quiere Vd. casarme con un lugareño? Permítame Vd. que le diga que un señorito de pueblo no es el «tipo» que yo he soñado.

Esta contestacion de Carlota dió motivo á que su madre soltase una estrepitosa carcajada.

— ¿Adivinas, le preguntó, de qué me rio? Me rio de las ideas que ahora teneis; buenos estariamos si hubiera hecho caso de los melindres de Felipa, los lloros de Pepita y las locuras de Enriqueta; las casé, y bien contentas que hoy se encuentran; es verdad que como vosotras merecian un rey; ¡y yo, qué mas he de hacer! añadió llorando repentinamente; bastante hago en arreglarlos las bodas y allanar el camino que os conduce al feliz estado que llamamos matrimonio.

Cuando el pañuelo de yerbas recogia la última lágrima, la viuda procuró dar otro giro á la conversacion, pues bastábale con haber preparado á su hija.

II.

El traje que viste Juanito revela desde luego al joven acostumbrado á vivir alejado de la ciudad, porque, además de ser de una hechura añeja, parece que le atan con los faldones de la levita para recordarle á cada momento á su querida chaqueta; la corbata le ahoga, y la ajustada bota le lastima los piés.

El continuo roce con los labradores le ha hecho olvidar las buenas formas, por mas que procure recordar cuanto aprendió en otro tiempo.

A pesar de su traje y de sus modales, Juanito Rioja no era mal parecido; comedido en sus palabras, de andar reposado, solo tenia el defecto de estar un tanto infatuado por su nacimiento y riquezas. Por lo demás, era un buen muchacho.

Al entrar en casa de la viuda, se ve rodeado de toda la familia, que, parapetada en la escalera, le recibe en palmas, y le preguntan por la salud del papá.

Doña Robustiana estaba deshecha de ver que sus hijas no le agasaban cual ella deseaba, y no sabia adónde colocarlo; por último, le dice:

— Aquí en la sala baja estaremos mas frescos, porque debes venir sofocado; ¿Qué calor habrás tenido en el camino! Nosotras no lo hemos sentido, porque esta casa parece que se haya construido para el verano, ¡y eso que en todo el dia se ha descansado! ¡Hay tanto que hacer en una casa! sin embargo de que tus primas no paran, ¡son tan «caseras!» ya, ya tendrás ocasion de verlo, porque supongo que estarás entre nosotras bastante tiempo.

— Sí, ya sé que mis primas son muy hacendosas, y me alegro de ello, porque á decir verdad, no me gustan las señoritas que pasan el dia poniéndose pelendengues y arrumacos, dijo cruzando las piernas el recién llegado.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Juanito pasó una minuciosa revista á sus primas, y concluyó por decir: ¡todas me gustan!

Aquel silencio lo interrumpió doña Robustiana.

— Juanito, aquí estás en tu casa; cuando quieras pide la cena, porque «hijo», te tratamos como de casa.

La palabra hijo fué pronunciada con tal entusiasmo, que parecía que ya lo era en realidad.

— Yo me acomodo á las costumbres muy pronto; así es que, á la hora acostumbrada, estoy dispuesto.

— Buen chico, así me gusta; mira, Gertrudis, sal á dar una vuelta por esa casa para que activen la cena.

Esta no tardó en hacerse esperar, y Juanito, sentado junto á Carlota, cenó con tan buen apetito, que no era necesario animarle para que comiese.

Concluida que fué, las primas obsequiaron á su huésped tocando varias piezas al piano, mientras Juanito, al propio tiempo que fumaba, preguntaba á Carlota cuántas ovejas habian muerto de «morrillo» en lo que iba de año.

— ¡Qué pregunta me haces! contestó la interpelada; ¿soy acaso mayoral del ganado?

— Hija, pues en mi casa nada de esto se ignora, y todos estamos enterados; no lleves cuenta, y verás como os quedais sin «ganao.»

— Tienes razon, se apresura á decir la mamá; yo te lo diré, porque estas á veces tienen la cabeza no sé en dónde, y al hablar miraba á su sobrino, como diciéndole: ¡sí la has mareado!

Y con todos sus pelos y señales, le explicó cuántos moruecos, ovejas, carneros y corderillos contaba el ganado, la lana que producía y la renta líquida que dejaba.

— Niñas, ya son mas de las once, y creo es hora de retirarnos, que mañana tenemos que enseñar al primo la labor del Horcajo, y es menester madrugar: conque buenas noches.

Juanito se retiró al aposento que le indicaron, y antes de entregarse en los brazos de Morfeo no cesaba de repetir: ¡las tres, las tres me gustan!

III.

El futuro mayorazgo vió la labor del Horcajo, la de las Cañadas, la de los Cojos, y otras mas en las diferentes giras con que le obsequiaba su tia, con el objeto de hacerle comprender que allí tambien se «tenia hacienda.»

Nuestro joven se hizo cargo de las fincas, y aunque no le disgustaron, confesó ingenuamente que tenían un defecto: que eran «cortas.»

— Las labores me gustan largas; la que menos de seis pares de mulas, decia para si cuando la viuda le ponderaba los cosechones que producian.

Doña Robustiana, que no era «corta» como las labores, y si muy larga para arreglar casamientos, no se descuidaba: todas las noches reunia á lo mejorcito del pueblo, y los jóvenes bailaban que era un portento, dando ocasion al héroe de la fiesta para que se acercase á las primas.

Por fin, Juanito se decidió por Carlota; pero como esta no veía en aquel joven á su «tipo» se hacia la desdeñosa.

Aun no habia transcurrido un mes, cuando una mañana se atrevió á decir á su tia, que sus deseos eran casarse lo mas pronto posible con su prima Carlota. Aquella peticion causó á la viuda una alegría difícil de expresar, y no pudo menos de decir para sus adentros: ¡triunfé! ahora veamos qué dice la muchacha.

Y mientras el novio bajó á la cuadra á visitar á sus mulas, Carlota comparecía á presencia de su madre.

— Ya tienes en tus manos al mayorazgo; quiero decir, que lo tienes mas enamorado que un Adonis; acabá de pedirme en regla tu blanca mano, dijo la viuda muy satisfecha.

Carlota sonrió al oír lo que su madre le decia, porque al fin era mujer, y aun cuando no le gustaba su primo, siempre le halagaba tenerlo rendido á sus piés.

— ¿Qué, no me contestas? ¿despreciarás tan ventajoso partido como el que te se ofrece, uniéndote al primo? piénsalo bien, mira que puede pesarte.

— Concédame Vd. un dia para pensarlo, y yo prometo á Vd. contestar á lo que me pregunta.

Dos dias despues, Carlota expuso á su madre que habia consultado á su corazon y que no sentia por Juanito otro cariño que el de la amistad.

— Voy á ser franca, mamá, dijo la joven: yo no puedo amar al primo; es muy bueno y bondadoso, pero no es el hombre que he soñado y no quiero ser desgraciada. Soy joven, continuó, y esperó que no me faltarán partidos.

Doña Robustiana pasó el dia dada á los diablos, ni ruegos ni amenazas bastaron para que Carlota aceptase á su primo por esposo.

Pasaron dias, y Juanito, viendo perdidas sus esperanzas, mandó enganchar al galeron, y una mañana, despues de despedirse con las lágrimas en los ojos de sus parientas, tomó el camino de su pueblo, al cual llevaba con harta pesar el fruto de una planta rastrera que por lo voluminoso, bastaba para hablar de «arrobe» á todos los chiquillos de Quintanar.

La tia lloró, pateó y reprendió duramente á Carlota, la cual continuó sin hacer caso de los consejos maternales, buscando el bello ideal, como llamaba á su «tipo.»

IV.

Trascurrieron dos años, y doña Robustiana bajó al sepulcro, dejando casadas á todas sus hijas, excepto á Carlota, que sin embargo de tener muchos pretendientes, por ninguno se habia decidido.

V.

Carlota marchó á la córte al lado de su hermana mayor; allí, que tenia ancho campo á sus aspiraciones, perdió el tiempo miserablemente, porque todos los jóvenes le parecían poco para enlazarse con ella.

El tiempo volaba, y Carlota, sin saber cómo envejeció buscando su «media naranja,» y perdidas las ilusiones, comprendió cuánta razon tenia su madre, cuando le decia que la enterrarían con palma.

Su carácter, efecto de su mal humor, se hizo insoportable.

VI.

Una noche del carnaval del año 186... esto es, treinta años despues que Carlota despreciara á su primo el de Quintanar, el teatro Real contenia un sinnúmero de

máscaras que bulliciosas daban broma á cuantos jóvenes se les presentaban.

Tres beatas mareaban á dos elegantes muchachos.

Cuando cansadas de hablar se separaron de ellos, dijo alzando la voz el mas joven á su compañero :

— Parece que te gustan los « pergaminos, » pues te he visto muy entretenido con la mas alta.

— No lo creas; ¿había de perder el tiempo con ese vejatorio? yo, mas ducho que tú en la materia, hago el amor á su sobrina... « por carambola. »

La máscara pergamino era Carlota.

Aquella palabra causó tal efecto á la solterona, que cuando llegó á casa de su hermana, dos gruesas lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas.

Las sobrinas, que no ignoraban la historia amorosa de su tia, procuraron distraerla, y la mas pequeña, que era una encantadora pollita, haciendo alusion á los muchos pretendientes que su tia habia despreciado, le dijo recordándole á Rioja :

— Desengáñese Vd., tia; « mas vale pájaro en mano...

ROBERTO IRANZO Y PALAVICINO.

## Poesía.

### LAS NUBES DE LA TARDE.

— ¿Qué son las blancas nubes  
Que al declinar la tarde  
Extienden por el cielo  
Sus mágicos cendales?

En su pausado vuelo  
Mis ojos se complacen  
Al destacarse puras  
En el azul celaje.

¿Por qué, madre, conmueven  
Mi corazon amante?  
¿Qué misterios encierran?  
¿Qué son las nubes, madre?

— Las nubes, hija mia,  
Que al declinar la tarde  
Por el espacio tienden  
El delicado encaje;

Esas hermosas nubes  
Del sueño son los ángeles  
Que Dios en su clemencia  
Envia á los mortales.

Y en vaporosos tules,  
Pudorosos velándose,  
Custodian nuestro sueño  
Con su mirada amante.

Ellos pureza y calma  
A nuestro pecho traen,  
Y á nuestra mente inspiran  
Ideas celestiales.

— ¡Oh! bienvenidas sean  
Con sus crespones, madre;  
¿Qué hermosas son las nubes,  
Las nubes de la tarde!

NARCISA PEREZ.

### Al-Hischam y Maliba.

#### I.

En los dias de Numan, rey de Hira, fué Al-Hischam el magnate mas afortunado de su imperio. Porque Al-Hischam era fuerte entre los mas fuertes del Oriente, y rico sobre los mas ricos del universo.

Crecidas eran sus cosechas de todo género de frutos; y sus rebaños de antílopes y gacelas cubria las márgenes del Eufrates, en sus rientes vegas, extendidos, y poblaban los valles y las colinas.

Pero Al-Hischam, con todos sus bienes y grandezas, no era feliz; pues su corazon estaba lleno de deseos.

— Si yo tuviera, se decia, doce hijos todos fuertes, padre seria de numerosas tribus; á su frente rebasaría los límites de este imperio, y me haria el señor de los señores.

Pero el cielo no colmó sus esperanzas.

Agotábanse las fuerzas del anciano; pero el deseo no satisfecho, convertido en pasión, devoraba su alma; y en sus insomnios hizo promesa á Dios de desprenderse de todos sus bienes por un solo fruto de su amor. Entonces conoció á Nozha, y en Nozha sus ilusiones se convirtieron en realidades.

Ya vislumbraba Al-Hischam la aurora de su dia, y su corazon se estremecía de júbilo y contento, y sus ojos tomaban la viveza de su dicha, como renace en gayas flores al riego fecundo de la pródiga lluvia, pradera agotada por la rigidez de las estaciones: y su mano bienhechora repartía á diestro ó á siniestro los dones ofrecidos, llenando la comarca de gratitud, y mil y mil corazones de amor.

El daba de sus bienes, y vació sus henchidos graneros, y diezmo sus rebaños numerosos, y decia: ¿Para qué tantas riquezas? Yo guardaré un caballo y una espada: Al-Lhmed (*el Deseado*) apretará sus ijares, y al blandir el fino alfange, cien cabezas tronchará de un solo golpe: el eco de sus victorias conmoverá mis huesos en la tumba. Porque al anciano á quien los años humillaron la cerviz, ¿qué le resta sino la muerte?

Nozha sintió próxima su dicha: ninguna pupila extraña penetró en lo recóndito del aposento; pero las de Al-Hischam revelaban la impaciencia del ansia. Al fin suspiró la madre, y el fruto dió su primer gemido, y los ojos de Al-Hischam se inundaron de lágrimas y su corazon de aguda pena, pues el grano apetecido aparecía con los caracteres del sexo despreciado en el Oriente.

Siete dias sostuvo Nozha de amargo lloro y de incesante lucha, porque Al-Hischam habia convertido en duelo su ventura, y el amor que sentia en sus entrañas en desprecio y extrañeza. Mas al cabo blanda ternura ocupó el alma del padre en la conformidad, y entonces dirigió hácia la niña su mirada cuidadosa.

Pacífica y afortunada creció Maliba en gracias seductoras, y Al-Hischam guardó por ello á Nozha fidelidad y constancia. Su corazon, no obstante, era fuente de profundos sinsabores, y temeroso decia: ¡Ay, si la paloma alza su vuelo y el gabilan la acecha! ¡Robará al padre su ventura; servirá de deleite como la mirra en la copa de fuego, á los sentidos desordenados, y vivirá una vida de humillaciones!

Y penetró en su harem, paraíso de mil hermosuras que se consumían en flor, y dió libertad á las doncellas y á las concubinas. Pero su corazon no reposaba.

Todo era velos y misterios: mas á la niña no faltaban ni murmurantes aguas, ni flores de delicado aroma, ni canoras aves en sus jardines y aposentos: de modo que la rodeaba una atmósfera de amor. Ella entre tanto crecía, respiraba el ambiente de su inocencia, y el ojo avaro del padre dormía en la confianza.

#### II.

La tribu de los Benu-Adhá era numerosa, pero arrogante: si en la de los Benu-Odhza (1) los jóvenes morían de amor, estrechados del rubor natural y enamorados de la hermosura de las hijas del Junen, los manebos de Adhá llenaban de delicia el corazon de sus amantes, á quienes cautivaban el brillo de sus acciones y la elegancia de su palabra.

Saddik-Alláh, de esta tribu, era desigual en pensamiento á sus hermanos: la misma persuasiva palabra le adornaba, iguales dotes tenia, y sin embargo, él exclamaba: « Uno solo llenará mi corazon. Un caballo, una espada y una hermosa, basta para la vida. El que pierda su alazan ande á pié todos sus dias; el que pierda su espada defienda con sus puños sus tesoros; el que pierda la mujer, consérvese casto para el paraíso. — Pero ¿cuál llenaría su corazon? No lo sabia, pues la hermosura no era el único don que ambicionaba.

Saddik-Alláh tenia un ave del desierto: cogiéndola cuando empollaba, y en un nido de tórtola halló calor y vida. Después se vistió de doradas plumas; pero nunca alegró los jardines con su canto. Parecía que guardaba el secreto de su origen.

Saddik-Alláh puso en su pico una flor y un pensamiento, y vé, le dijo, vé y di á la mas pudorosa de las vírgenes, díla que la amo.

Voló el ave, y en tres dias no dió la vuelta; mas al rayar el cuarto plegó sus doradas alas sobre el alfeizar de su ventana: un esclavo abrió la celosía, y el ave llegó hasta el lecho de su señor, en cuyo lecho depositó un clavel y una azucena.

El corazon de Saddik palpitaba conmovido, y en muchas noches el sueño no plegó sus párpados ni adormeció su espíritu fatigado. Amaba y era amado: ¿pero quién era el objeto de sus amores? Porque es imposible seguir la senda de los pájaros que no dejan huellas en el espacio.

Entre tanto, ¿qué sucedía en la casa de Al-Hischam? Maliba habia de pronto palidecido y marchitado las anémonas de sus mejillas, y en profundas tristezas envolvía la sombra de sus tiernas inquietudes.

Paseaba una mañana sobre alfombra menuda de violetas por la margen amena por donde el Eufrates, bañando su huerto, rendía su tributo á la doncella. El alba habia sonreído y el nardo dado su olor.

Los misterios de la voz la cautivaban, cuando hé aquí que viniendo de la parte de Oriente, vió llegar un ave rarísima de fino plumaje, en cuyas alas, reflejándose la azucena, tomaba el brillo del sol al medio dia.

Rosa entreabierto por el soplo de la brisa matutina,

(1) Véase al historiador árabe Albieri.

cuyo cáliz habian bañado las gotas del rocío, traía en el pico el ave, mensajero de amor y de esperanza. ¡Ay de la doncella en cuya falda cayera! Dias de ventura la esperaban, porque reinaria única y sola sobre un corazon noble y enamorado.

El ave cernió lento su vuelo en torno á Maliba entusiasmada: la flor, besando el labio, abrigo buscó en su pecho palpitante, y el ave del silencio entonó su primer trino, y el sol brilló en el horizonte como signo de ventura.

Después el ave partió cargada de flores y suspiros; la megilla de la hermosa tomó el tinte de una honda melancolía, y el pecho de Al-Hischam latió de celos por un ave.

#### III.

Sucedieron los dias á los dias: el amor creció con el ansia de lo desconocido que se apetece; y el ave de doradas plumas tres veces batió su vuelo de la casa de Saddik-Alláh á la de Al-Hischam, y otras tantas retornó con presagios de alegría.

El amor era un tanto misterioso; mas doscientas doncellas enamoradas del seductor talento del guerrero abrieron su esperanza, cuando á pocos dias vieron ocupado en los preparativos para levantar su palacio de delicias.

— Su pecho se ha ablandado, se decia, y el amor coronará de flores brillantes sus sentimientos generosos.

Nada faltó en tan insignie obra; renombrados alatifes la dirigieron, y diestros lapidarios labraron sobre el mármol elegantes dibujos y cifras expresivas. Mas cuando alzó el divan de tres solos alhemies, anhelante andaba la curiosidad. El solo sabrá el destino; por lo demas, fuentes y cascadas, jardines y laberintos, enramadas y alamedas, cercábanlos profusamente al rededor.

Muchas lunas en tanto habian pasado, y el ave del desierto ningun nuevo mensaje llevaba á la anhelante enamorada. Su palidez crecía, como el fuego que henchía sus entrañas; y el padre con doloroso silencio veía el incremento de un mal que no soñaba.

Llegó el dia de la pena, segunda aurora de su ventura. Solo pasaba el anciano sumido en la profundidad de su pensamiento, cuando detuvo su preocupacion y su paso la pregunta insidiosa de un joven caminante.

— Luengas pasangas andadas hoy llevo de camino; multitud de individuos me salieron al encuentro: estos jóvenes, provecos aquellos; pero en ninguno hallé la ingenuidad de tu semblante. Dime, ¡oh anciano! Así Dios te haga feliz por tu verdad.

— Blason es del bueno y Dios le premie. Puedes preguntar.

— El que afeminó sus bríos en la molicie; el que perdió sus fuerzas en el deleite, no tiene derecho á preguntar; pero el que entregó su pecho á un amor desconocido inquirir debe la ruta.

Al-Hischam tembló de espanto, y Seddik continuó:

— Vacío está mi harem, mi cuerpo puro, mas el amor devora mis entrañas. Nunca ví á la que adoro, mas ella pálida está, porque la consume mi amor. Guíame á su morada, y serás el salvador del mas feliz de los mortales.

El anciano tomó la rienda del caballo y penetró en la ciudad; mas el ave del misterio se adelantó en su camino, y plegó su pluma en el dintel de su aposento.

— ¡Aquí es! exclamó frenético el mancebo.

— ¡Aquí es! respondió el anciano con zozobra; ¡aquí es, no lo ignoro! Entra y toma su manto y sus ajuares; huye y déjame llorar ¡ay! porque en vano se esconderá el diamante en las entrañas de la tierra, la avaricia del hombre la adivina.

— Alcázar levanté para su gloria: ruin seré yo, señora, en mi divan, como lo es en mi corazon; pero no turbe el llanto del anciano las alegrías del joven. Tres alhemies tengo dispuestos. Uno será para la hermosa por quien palpita mi pecho conmovido: otro será para mí que la adoro; el tercero para tí lo he preparado. Testigo serás de sus venturas y padre de numerosa prole.

Aquella palabra mágica estremecer hizo de efímera alegría el corazon del anciano; pero luego volvió á su pesar, pues el sacrificio que se la exigía era mayor que todas sus esperanzas. Además, ¿qué le serviría tropa aguerrida de numerosos nietos, si su brazo cansado no podría ya enseñarles el manejo de la rienda y de la espada? Pero Saddik-Alláh continuó:

— Eunucos no tendré, para que la guarden, sino esclavos que la sirvan, y mandato será su voluptad.

Entre tanto que así hablaba, la doncella salía á recibir al padre y al esposo; pues el ave, de ácorea pluma, llevó á su oído con precipitacion la nueva apetecida.

Los amantes se reconocieron y se estrecharon mutuamente con dulzura. Y el viejo con lágrimas del alma bendijo su union.

El ave canló tres veces; alzó su vuelo y se perdió en el espacio. Y ya los ojos de Maliba que le amaba, ni los de Saddik-Alláh que le habia criado, le tornaron á ver en su aposento; pero en él reinaba la dicha, pues que reinaba el amor.

#### IV.

Doce hijos tuvo Maliba en doce años: todos ellos eran varones y hermosos como su madre, y Al-Hischam rodeábase de ellos, como el olivo de sus retoños.

Pero la pupila del anciano se apagaba bajo el peso de los años, aunque su corazon estaba entero como en los

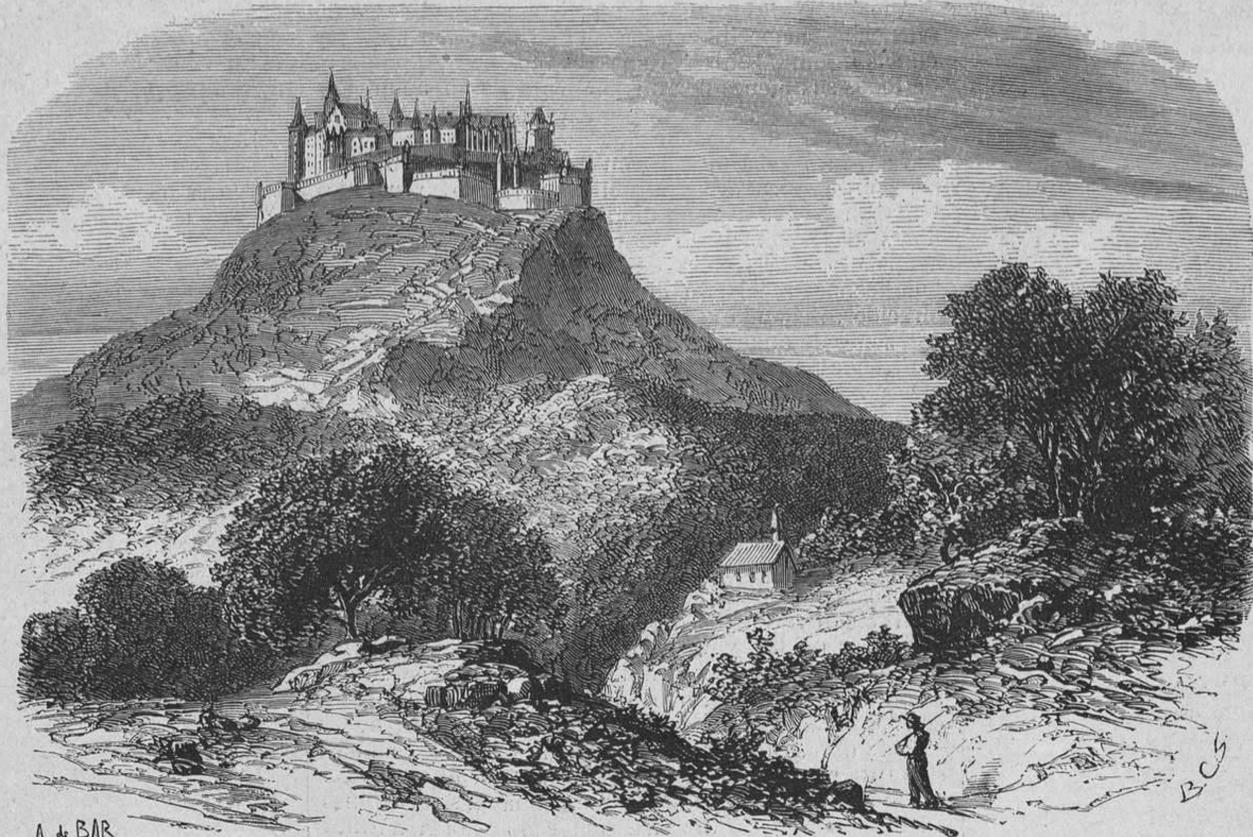
días de su juventud: ningun mal le aquejaba, y sin embargo, un vago presentimiento roía su corazón.

Maliba en tanto era feliz con el que amaba: en su alhemi se respiraba la dicha; y el amor seguía creciendo en su espíritu, correspondiendo con firmeza al fuego con que Saddik la idolatraba. Oscuro nubo arrugaba, no obstante, su alegría.

Doce años perdida anduvo el ave del misterio: un día apareció en su horizonte. Su pluma dorada habia perdido el brillo de sus primeros años; su vuelo era pausado y lento, como el del que se mueve con dificultad. Maliba le vió venir con cariño y le reclamó como con agasajo; pero el ave tres días batió su vuelo sobre su torre sin descanso.

— Llama, decia Maliba á Saddik-Alláh, llama nuestra tórtola dorada: que conozca nuestros hijos, y alegre nuestra morada, como en pasados tiempos alegró nuestro corazón.

Mas, lejos de venir al reclamo, el ave voló muy alto,



A de BAR

Vista general del castillo de Hohenzollern.

zon no palpitaba, su pupila yacia inmóvil, é inmóviles sus alas de apagado matiz. Y Amzú, el esclavo que sirvió á Al-Hischam, anunció á la hermosa nuevas tristezas, pues su padre tambien habia dejado de ser.

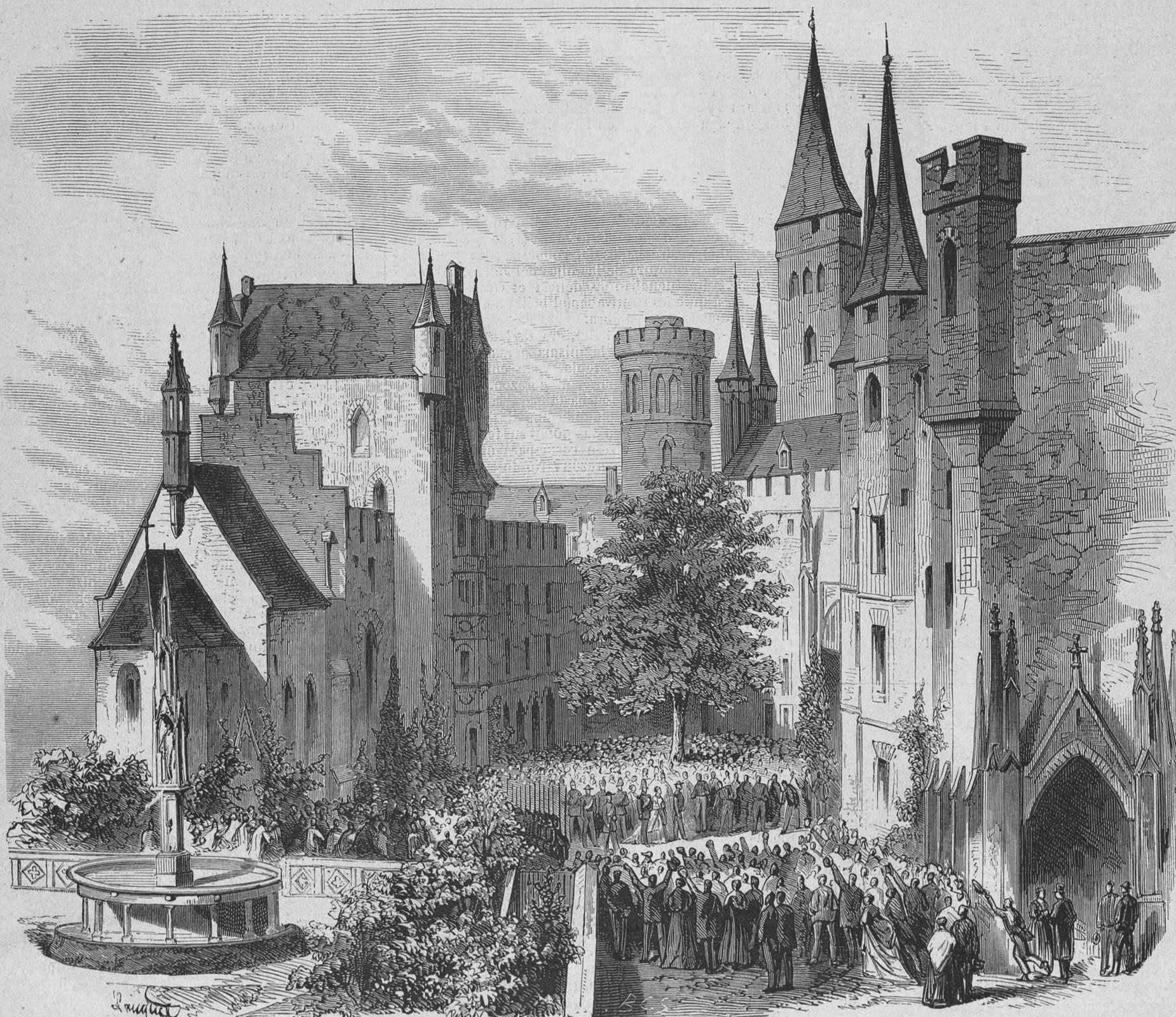
Doce años duró el duelo en la numerosa familia; pero al concluir el duodécimo, Saddik-Alláh volvió victorioso con sus doce hijos. Todos venian cubiertos de laureles, que depositaron en la tumba del anciano. La losa que le cubria se conmovió de placer, y en la profundidad del sepulcro brilló una vez mas la pupila del Hischam á los ecos de la gloria.

En el espacio se oyó un acento parecido al canto del ave del misterio; y desde entonces los hijos de Saddik-Alláh fueron siempre vencedores: doce hermosuras hicieron venturosos sus lechos con larga prole, y de ellos descenden las tribus que pueblan de Oriente

muy alto, hasta donde la vista no pudo alcanzar. Al siguiente día, él fué el primer objeto que Maliba vió á las puertas de su alhemi, pero habia muerto: su corazón

á Occidente el Mazah y el Oman, el Bahrayn y el Ahgaf, el Hadramant y el Nechit, el Jémen y el Hechaz. ¡Bendicion sobre sus tumbas!

J. P. DE G.



La comitiva de la familia real de Prusia atravesando el patio de honor.

**La familia real de Prusia**

EN EL BURG DE HOHENZOLLERN.

Al extremo meridional de la interesante cordillera de los Alpes suabos, se eleva un pico agudo que en la edad media estuvo coronado con un famoso palacio, y que domina las tierras contiguas á sesenta leguas en contorno. Este castillo era el de los Hohenzollern, y entre sus antiguas almenas surgió y se desarrolló la poderosa familia que hoy reina en Prusia. De lo alto de sus murallas el águila de Prusia tomó su vuelo, como dice la leyenda: *¡De la roca á la mar! (vom Fels zum Meer.)*

Empero el castillo tuvo sus infortunios; apenas hace algunos años la cumbre del célebre monte no era otra cosa que un monton de ruinas.

Un hombre que ha sabido reunir la afición al estudio y la pasión del arte á una alta posición, consagró veinte años de su vida á buscar todas las antigüedades relativas á la casa de Hohenzollern, y publicó sobre este asunto un libro muy interesante.

El rey Federico Guillermo apreció tanto el docto y paciente trabajo del conde Stellfried, que resolvió reedificar el castillo tal como estaba antiguamente, tarea que facilitaron las investigaciones del sabio arqueólogo.

En el día y al cabo de quince años de trabajo, hé aquí el antiguo Hohenzollern que está de nuevo en pié, ostentando orgullosamente sus torres y torrecillas, y desafiando á los siglos venideros con sus murallas de piedra. Por fuera es como un alcázar de la edad media, y por dentro ofrece en toda su pureza el arte gótico. Nada puede dar idea de los cuidados que han consagrado á las construcciones y al ornato interior. Es imposible ver otro edificio mas bello de este género tan difícil de imitar. La capilla evangélica y la sala de los Condes, son obras maestras.

Importaba mucho que se hiciera cuanto antes la consagración de los edificios religiosos del Burg, y esta consagración produjo la visita de la familia real.

Con efecto, el 3 de octubre fué el día que eligieron Sus Majestades el rey y la reina de Prusia y el príncipe real para visitar el Burg, que fué la cuna de su raza.

El 2 por la noche, un largo rastro de fuego se extendía sobre las colinas, y marcaba el camino que seguían Sus Majestades desde la frontera. El pueblecillo de Hechingen, edificado en anfiteatro, estaba maravillosamente iluminado; resonaban las salvas, las aclamaciones llenaban el espacio, el rey llegaba á visitar aquel pequeño territorio prusiano, que habia dado tantas pruebas de afecto y adhesión á la madre patria, durante la reciente guerra de 1866.

La fiesta del Burg de Hohenzollern debia ser y ha sido en efecto una fiesta íntima, una fiesta de familia.

Otro hecho digno de notarse, es la consagración simultánea de las dos capillas católica y evangélica. Proclamóse la tolerancia en lo alto del Zollern, y los ministros de entrambos cultos se estrecharon cordialmente la mano.

Sus Majestades, el príncipe real, el príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern y su familia, asistieron naturalmente á la consagración de la capilla evangélica, en tanto que un canónigo delegado por el arzobispo bendecía la capilla católica.

Después del almuerzo,



Augusto Perdonnet

los miembros de la familia real se mezclaron afablemente con los convidados, conversando entre sí mas de dos horas. El rey es de una franqueza muy simpática;

comprenderá que es cosa muy notable el museo de Sigmaringen.

Entre las curiosidades de este museo, se supone que existen los huesos del Cid y de la hermosa Jimena, al menos en parte, depositados en un precioso cofre de ébano.

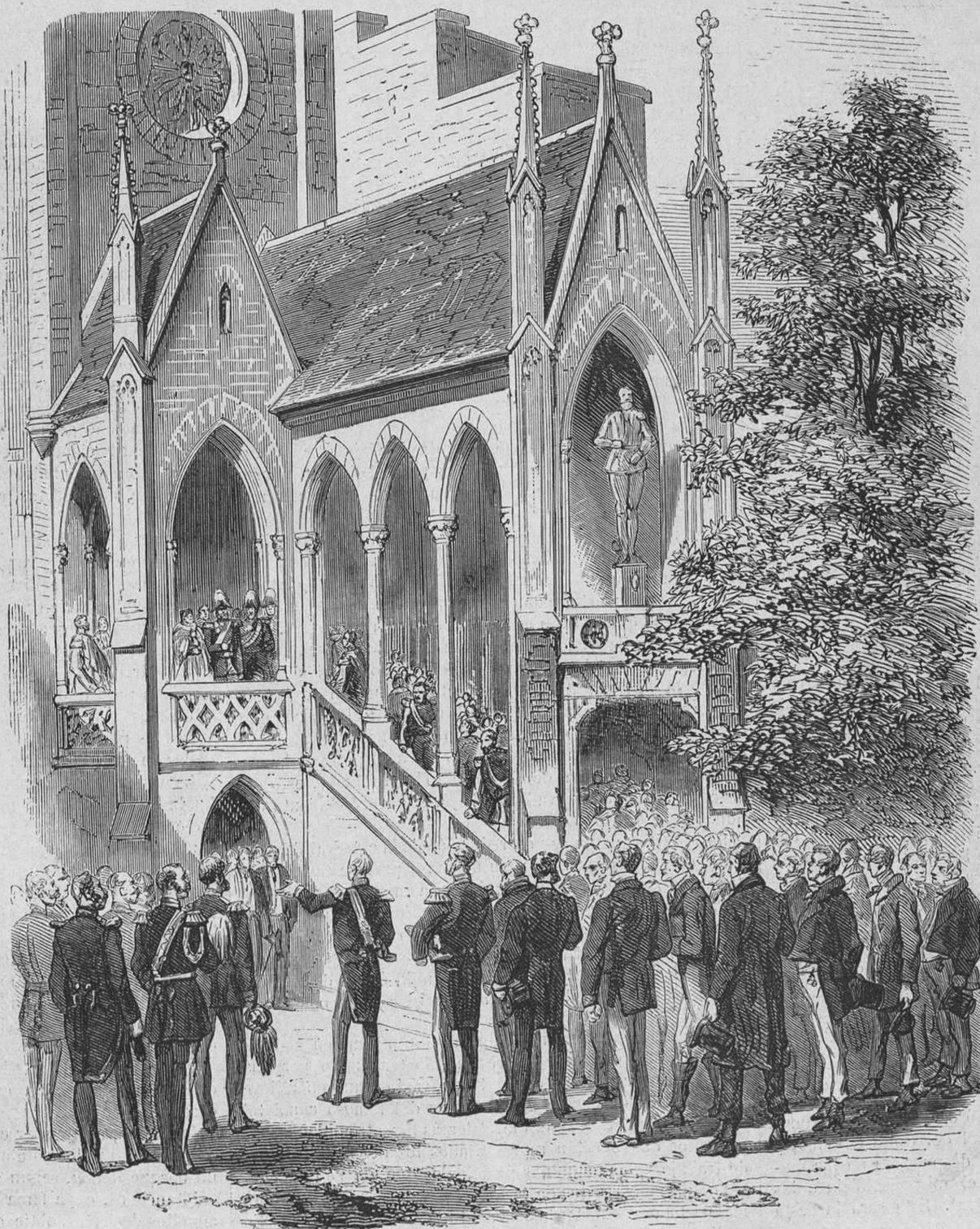
Parece ser que en 1808 un general francés trajo estos huesos de España, como un trofeo. De sus manos pasaron á la familia Murat, y como la madre del príncipe de Hohenzollern fué la princesa Antonieta Murat, nada mas natural que esta transmisión.

El cofre de ébano ofrece dos compartimientos: por un lado están los restos del Cid, y por el otro los de Jimena. C. L.

**Augusto Perdonnet**

Augusto Perdonnet nació en Suiza á principios de este siglo. Desde muy joven se consagró al estudio de las ciencias exactas, haciendo en ellas rápidos progresos. En 1821 encontramos á Augusto Perdonnet en la Escuela Politécnica. Salió de esta escuela para el servicio de puentes y calzadas, alcanzó rápidamente el grado de ingeniero en jefe, y creyendo que habia pagado ya su deuda al Estado, dió su dimisión. Lo cierto es que queria dedicarse libremente á las grandes obras que, á su juicio, solo la iniciativa privada podia emprender en lo sucesivo.

Llegó la revolución de 1830 que, despertando el entusiasmo, abrió una nueva era á todas las actividades. Unido por la amistad y por ideas comunes con los hombres que iban á dar el mas vivo impulso á la industria nacional, Augusto Perdonnet comprendió que era preciso trabajar para todas las clases, y entonces fundó para las regiones inferiores la Asociación Politécnica, y para las otras



Visita de la familia real de Prusia al castillo de Hohenzollern. Recepcion por el conde Stellfried de Alcántara.

tuvo la Escuela central de Artes y Manufacturas. El nombre de Perdonnet vivirá eternamente unido á estas dos instituciones.

Todo el que penetrando en los talleres, dice M. Dumas, encuentre jefes y obreros familiarizados con las nociones de la geometría práctica, de la mecánica, de la física ó de la química, probando con su lenguaje que no les son desconocidos los grandes escritores franceses, y con sus sentimientos que ajustan la vida á la ley moral, debe tener presente que esta instruccion y moralizacion se debe á Perdonnet.

Pocos hombres han sido tan queridos como Perdonnet por la masa del pueblo. Perdonnet dió mucho al pueblo y no le pidió nada; le queria mas ilustrado y mejor, y le sirvió con una abnegacion absoluta. Así todos los alumnos de la Asociacion Politécnica, desertaron el taller para acompañar piadosamente al entierro, pagando de este modo el postrer tributo al amigo que han perdido.

Apenas habia nacido la Escuela central, cuando Augusto Perdonnet fué llamado á ella, y él fundó allí la primera enseñanza relativa á los ferro-carri-les. Esta gran industria que debia metamorfosarse el mundo, se hallaba entonces en la infancia, y Augusto Perdonnet fué á la vez un iniciador y un guia. Para que tuviese mayor extension su enseñanza, publicó el *Tratado Elemental* y la *Cartera del ingeniero de ferro-carri-les*, que resumen á la vez las lecciones profundas en la Escuela central y la experiencia universal de los ingenieros de ambos mundos. Con efecto, Augusto Perdonnet, en acecho siempre de todos los progresos consumados, jamás ahorró cosa alguna para recoger elementos precisos de apreciacion sobre todos los hechos que se producian en la industria de los caminos de hierro. Mas que nada contribuyó él á su rápida extension, por sus buenos informes, su crítica imparcial y sus ilustrados juicios.

Debemos añadir que reunia el ejemplo al precepto. Despues de haber contribuido á la construccion del ferro-carril de San German y de Versalles, se consagró á las líneas del Este, y la muerte le ha sorprendido siendo administrador de esta poderosa compañía. Con los Flachaf, los Julien, los Tourneux, los Petiet y los Sauvage, el nombre de Perdonnet es de aquellos que nuestra generacion industrial no puede olvidar. J. B.

### Revista de Paris.

Paris está en vísperas de recibir la anunciada visita del emperador de Austria. El emperador Napoleon á su regreso de Biarritz, que tendrá efecto esta semana, no se detendrá en Paris y marchará en derecha á Saint-Cloud, de cuyo punto pasará á Compiègne con el soberano austriaco. Los noticieros de la corte dicen que los dos emperadores no dejarán esta residencia imperial sino para asistir á un gran banquete en el Hotel de Villa, para cuya fiesta se están haciendo ya grandes preparativos. Claro es que si es la única que se prepara en obsequio á Francisco José, M. Haussman tratará de echar el resto.

El acompañamiento del emperador de Austria es considerable. El periódico la *France* trae la lista de esta comitiva, que se compone de los personajes siguientes:

Su Excelencia el general mayor conde Belgarde, edecan general encargado de la direccion del viaje; el primer teniente, príncipe Lichstenstein, ayudante; el mayor baron de Fejervari, ayudante; el mayor conde Paar, ayudante; el conde Uxhüll, capitán de estado mayor.

Los agregados para el viaje á la comitiva de S. M. son: el conde Srapary, coronel del regimiento de húsares jazzygrer y hœmœnier; el príncipe Lichstenstein número 13; el capitán César Wulzel, y el capitán de infanteria número 33, conde Gyulai.

Al archiduque Carlos Luis acompaña S. E. el baron de Hornstein, gran maestro de la corte, y al archiduque Luis Victor, el primer teniente baron de Kotz.

En la cancillería militar del emperador se encontrarán el coronel de Beck y varios empleados.

Vendrán de agregados al gabinete del emperador, el consejero de Estado caballero Broun, el consejero aulico baron de Genette, y el consejero de gobierno caballero de Pachner. Luego se citan los nombres de los secretarios, tesoreros, etc., y el del médico de cámara M. Bielka.

Por último, los personajes políticos que vendrán en el séquito son los siguientes:

El baron de Beust, canceller del imperio con dos empleados del ministerio de Negocios Extranjeros; el conde Andrassy, presidente del consejo de ministros de Hungría y el conde de Grammont, embajador de Francia.

El conductor del tren imperial será el consejero caballero Reissler.

Hemos dicho que la única fiesta que, segun nuestras noticias, se dispone en honor del emperador austriaco es un gran banquete municipal que tendrá efecto en la suntuosa galería de las fiestas del ala oriental del Hotel de Villa, y ahora añadiremos que algunos dias despues, la misma municipalidad dará un gran baile en el mismo edificio á los expositores de la Exposicion universal. Esta será la fiesta de despedida.

Para entonces debia ya estar cerrada la Exposicion segun

lo anunciado en el programa oficial, pero hoy se dice que habrá una prórroga de un par de semanas. Parece ser que el emperador Napoleon ha tomado la iniciativa de este nuevo plazo, con el fin de que la gente pobre pueda disfrutar del espectáculo gratuitamente.

Además, durante estos dias se autorizará la salida de los productos vendidos y que entonces se vendan, como se hizo en Londres en 1862, lo cual al paso que favorece el comercio, disminuye la confusion del embalaje en las galerías.

Sin embargo, nada de esto es oficial aun, y por lo tanto lo damos sencillamente como noticia.

De todos modos, con prórroga ó sin ella, la Exposicion universal toca á su término, y por lo tanto debemos apresurarnos á dar á conocer algunas de las muchas curiosidades que contiene y que no hemos señalado á nuestros lectores ni en estas revistas ni en los artículos especiales que consagra nuestro periódico á ese gran concurso de todas las naciones.

Por ejemplo, antes de entrar en el parque por la puerta principal, los aficionados á espectáculos curiosos se dirigen á la izquierda hácia la orilla del rio á ver el aquarium humano. En esa masa de agua que encontramos aquí vemos á un hombre que se pasea como si estuviera en su casa. Dentro del agua tiene un mueblaje completo, una mesa, un juego de dominó y diferentes utensilios. Cuando ve á los visitantes les saluda con la mano, les enseña su cabeza con casco de cobre, sus ojos que miran por un cristal y su cuerpo cubierto de cauchú. Este traje, que por cierto nada tiene de hermoso y elegante, es un aparato á cuyo beneficio un hombre puede pasar algunas horas seguidas en el agua sin ningun inconveniente. En la parte delantera del casco hay cuatro cristales que permiten al buzo mirar por todos lados y que resguarda de todo choque un enrejado metálico. En el sitio á que corresponde la boca hay una especie de válvula, á la que puede recurrir el hombre para arrojar el aire al exterior cuando tiene demasiado. Finalmente, suministra el aire que necesita para la respiracion una bomba de aire que se envia por un tubo adherente al lado izquierdo del casco; en el lado derecho está la válvula que deja escapar el aire respirado y el sobrante del que puede suministrar la bomba. Conocida es la utilidad de este aparato.

Otros hay, llamados respiratorios, que se asemejan mucho á este y con los cuales se pueden pasar impunemente veinte á treinta minutos debajo del agua, en medio del humo y en todos los sitios en que reina una atmósfera viciada. Todos los dias se hacen de estas experiencias, que llaman altamente la atencion de los curiosos.

En esta parte de la Exposicion se encuentran toda clase de embarcaciones, así como tambien varios y notabilísimos modelos de la marina inglesa.

De aquí se pasa al parque por un angosto tunel que por una escalera conduce á la parte oriental de la Exposicion.

Toda esta parte oriental es admirable. Cuando uno entra en ella, cuando se viene á encontrar en medio de esa profusion de cúpulas, minaretes y construccion de formas extrañas y recargadas de dibujos, calados y colorines, se figura uno haber pasado de repente á un mundo nuevo. Aquí no hay nada que se parezca á lo demás de la Exposicion, ni en maquinaria ni en productos, y si á esto se añade la variedad de trajes de los hombres que circulan por los edificios, la ilusion es completa.

Cinco naciones han rivalizado aquí y son Marruecos, los Principados rumanos, el Imperio Otomano, el Egipto y la regencia de Túnez.

Marruecos ha levantado una tienda de viaje que es una vivienda completa, con habitaciones para el dia y la noche; en lo alto de ella hay una media luna y en la puerta resplandece la cifra imperial en letras encarnadas.

Túnez tiene un palacio, el *Bardo*, sobre el cual nada diremos, porque en este mismo número hallarán nuestros lectores dos dibujos que le representan. Sin embargo, apuntaremos que esta construccion es seguramente la mas notable de todas las que existen en la seccion que recorremos.

La Turquía ha erigido una porcion de edificios que nos dan á conocer en sus detalles mas característicos la vida turca. Aquí está la Mezquita, copia exacta aunque en reducidas proporciones, de la mezquita de Brusa, allí el kiosco, uno de esos pabellones de verano como se construian antiguamente en las márgenes del Bósforo para respirar la brisa; mas allá los baños en donde entra todo el mundo, esto es, al lado del lugar reservado del bajá, el establecimiento del público.

La iglesia rumana es una reduccion de la catedral de Ardjisch, de estilo bizantino, pero no puro, pues se resiente ya del gusto particular de la arquitectura rusa.

Por último, el Egipto tiene una exposicion suntuosa é instructiva: ella nos representa en un solo conjunto los tres grandes periodos artísticos de Egipto. Hé aquí el templo del tiempo de los faraones, luego el selamlik, época de los califas, y por fin el okel y la casita contigua, que nos muestran el Egipto contemporáneo.

Entre las construccion egipcias figura tambien el templo del istmo de Suez, un rectángulo terminado por una rotonda, donde se halla expuesto un vasto plano en relieve que nos ofrece la vista de las obras del famoso canal tal como se encuentran en el dia. Además hay otros planos mas pequeños donde están representados los diversos sistemas de trabajo y las máquinas principales que allí se emplean.

Los pormenores que da M. de Lesseps acerca de esta obra magna llaman extraordinariamente la atencion pública. En el dia se trabaja como nunca. El material completo de los contratistas del canal ha llegado ya todo á Egipto, y para

dar una idea de él, diremos que el mas importante, que es de los señores Corl y Lavally, lo componen:

- 15 vapores cisternas.
- 4 botes de vapor.
- 14 dragas pequeñas.
- 60 dragas grandes.
- 18 elevadores.
- 37 gabarras con compuertas de fondo.
- 30 id. con compuertas laterales.
- 36 portadores de cajas de desmontes.
- 52 locomotoras.
- 6 máquinas fijas.
- 1 gran buque de vapor.

Estos instrumentos de trabajo representan 13,061 caballos de fuerza, y consumen mensualmente 9,890 toneladas de carbon. El material empleado por los demás contratistas, ó directamente por la compañía, representa 4,707 caballos-vapor, y consume 2,329 toneladas de combustible.

El total de la fuerza de vapor aplicada en el istmo es pues de 17,768 caballos, y el consumo mensual de hulla 12,219 toneladas.

Además, sobre las 23,000 personas que han ido á poblar el desierto con motivo de las obras, se cuentan 13,000 trabajadores temporales, 6,388 indígenas ó sirios, y 6,990 europeos.

Continuando nuestro paseo, encontramos el café-teatro-restaurant chino, establecimiento curioso de que hemos hablado ya en otra ocasion, y al lado está la casa japonesa, tipo exactísimo de las habitaciones del pais, que ha sido traída del Japon en piezas de madera. Representa la tienda de un vendedor de té, y al lado hay una sala sobre cuyo tablado se ven haciendo labor tres jóvenes japonesas, á quienes no faltan nunca espectadores.

No lejos de aquí Méjico ha levantado el templo de Xochicalco, extraña construccion á cuya entrada se ve la cuchilla corva que empleaban los sacrificadores para arrancar el corazon de las víctimas humanas que ofrecian á sus dioses. En medio hay un monolito colosal, y en la pieza que se halla debajo han expuesto una abundante coleccion de objetos recogidos por M. Mehedin en todo el mundo.

Aquí interrumpiremos hoy nuestro paseo, pues la crónica de la semana nos ofrece una historieta de cazador que no es justo dejar en la sombra.

Teofrasto Pitanchard, dice el periódico que cuenta este lance singular, es uno de esos cazadores fanfarrones que se figuran que ni en los tiempos antiguos ni en los modernos ha habido ni puede haber otros cuyas proezas puedan ponerse en parangon con las suyas propias.

¿Quién es pues este Teofrasto Pitanchard de tantos humos?

En suma, es un pobre hombre, bajo y rechoncho, hablador como pocos, vanidoso por excelencia, egoista, y sobre todo, con pretensiones de ser, como hemos dicho, un cazador consumado, lo cual está siempre dispuesto á probar enseñando un número de un periódico en donde hay un artículo firmado por él, sobre la «hidrofobia de los patos.»

El buen Teofrasto carece de fortuna; mas no por eso deja de propalar en alta voz todos los años, que se va á cazar á las posesiones de una tia suya llamada la señora Crapousof, que reside cerca de Mantes, á las puertas de la Normandía.

Ahora bien, la tia Crapousof es una solterona de setenta años, cuyos haberes consisten en 1,800 libras de renta, en una tos catarral que no la deja nunca, en un perro, en tres gatos, en ocho gallinas y en dos gallos.

Toda su hacienda se reduce á una casita de un solo piso, limitada en sus cuatro puntos cardinales por un huertecito de coles y de acederas, cuya cabida total es de cosa de media hectárea.

Mantes se halla situado en un terreno que tiene fama de abundar en caza; pero para cazar en él no basta el permiso de dedicarse á esa diversion, sino que es preciso además obtener autorizacion para ello de los propietarios de tierras, los cuales son muy avaros de concederla, pues son muy buenos cazadores; así es que Pitanchard no ha podido nunca conseguir que le dejaran cazar en sus heredades, lo cual no obsta para que pregone que va á ellas á hacer cacerías.

Un mes antes de terminar el tiempo de la veda, dice á todas las personas que encuentra, que se va á las propiedades de su tia á cazar, de lo cual no sabia prescindir.

La víspera de marcharse va y viene, se rebulle, se agita, habla en voz alta, y dice que le dispensen que no puede entretenerse mas, porque teme que se le escape el tren. Toma asiento en este, llega á Mantes, y pasa el dia ocupado en disparar contra algun nido de gorriones, que es la única caza conocida en las tierras de la tia Crapousoff, y sin embargo, al dia siguiente entra triunfalmente en la capital con el zurrón cargado de liebres, de conejos y de perdices.

Cansado de su perpétuo charlar, uno de sus amigos resuelve un dia jugarle una treta. La escena pasa en una casa de campo de las cercanías de la Motte-Beuvron, donde se hallan reunidos unos veinte cazadores, entre ellos Pitanchard.

Una noche estaban todos hablando de un enorme jabalí que asolaba aquellos campos y al cual resolvieron dar caza.

En efecto, al apuntar el alba levántanse los cazadores, y despues de un ligero almuerzo, van á tomar posiciones en un bosque donde, segun se dice, tiene la fiera su cubil.

Pitanchard, cuya fama de valiente ha penetrado hasta en aquellos desiertos, obtiene por unanimidad el puesto de honor, ó sea el mas peligroso, y en consecuencia se le sitúa en campo raso.

— No os meneis, le dicen, y sobre todo no tireis hasta tener al jabalí á diez pasos.

— Ya, ya, dijo Pitanchard moviendo la escopeta, ya sé lo que son jabalíes.

Sin embargo, apenas se ve solo, comienza á reflexionar, y un ligero estremecimiento recorre todo su cuerpo. Se agacha detrás de un árbol, y á despecho de su resolución de tener ánimo, el mas leve ruido, el de la hoja al caerse, el zumbido de un insecto, el canto de un pájaro, le causan mil sobresaltos.

Mucho tiempo hacia ya que estaba en acecho, cuando de repente hiere sus oídos un temeroso ruido de ramas que se desgajan, de hojas que caen, y casi al mismo tiempo, á lo último de aquel sitio, asoma la cabeza de un enorme jabalí.

Pálido, temblando y con los cabellos erizados, nuestro héroe echa una mirada de terror á las entreabiertas fauces de la fiera, armadas de formidables colmillos; quiere gritar, pedir socorro, pero la voz se le ahoga en la garganta; quiere levantarse y huir, pero sus piés parecen clavados en el suelo, y al mismo tiempo el monstruo tiene fijos sus chispeantes ojos en el infortunado Pitanchard, en ademán de lanzarse sobre él.

Trascurren dos horas, y los dos enemigos se mantienen inmóviles uno enfrente del otro sin atreverse á dar un paso. La noche está cerca, y Pitanchard se muere de miedo al pensar que va á quedarse solo en el bosque y en la oscuridad, cuando oye á su alrededor grandes carcajadas. Enojado, se levanta y se halla cara á cara con sus amigos, que al ver su demudado semblante prorumpen de nuevo en risas.

— Vaya, intrépido cazador, le dicen, ¿y el jabalí?

Pitanchard hace un esfuerzo para sonreírse.

— Señores... murmura.

No sin dificultad se le hace adelantar hácia el sitio en que permanece aun inmóvil el jabalí. La terrible fiera no era mas que una piel de jabalí llena de paja.

Decididamente, las novedades teatrales se hacen esperar con exceso. Tanto es así, que lo mismo en las escenas principales que en las secundarias, apelan al repertorio de hace treinta ó cuarenta años, y el público vuelve á ver las producciones olvidadas ya de Victor Hugo, Scribe y Alejandro Dumas, con un favor que anima á continuar estas exhumaciones á las empresas.

Con efecto, mientras se aplaude *Hernani* en el Teatro Francés, en el Gimnasio se pone en escena *las Desdichas de un amante feliz*, pieza bastante inmoral de Scribe, y en un teatro secundario se da la hospitalidad al famoso *Antony*, de Dumas, que no lo es menos. Hé aquí pues resucitado aquel teatro que hizo tanto furor por los años de 1830.

Entre tanto, los teatros líricos siguen ocupados en ensayar distintas producciones. En la Opera se espera para fines de la semana, la primera representación de la *Novia de Corinto*, al propio tiempo que se dispone en la Opera Cómica la primera también de *Robinson Crusoe*. Así pues, en la próxima semana tendremos probablemente la ocasión de decir á nuestros lectores hasta qué punto son fundadas las esperanzas que tienen en estas dos partituras las respectivas empresas.

MARIANO URRABIETA.

### Sericicultura.

En uno de mis viajes, al cruzar el paso de Calais, venia á bordo un hijo del Celeste Imperio, con el objeto, segun me dijo el intérprete que le acompañaba, de visitar la Inglaterra como habia visitado la India, el Egipto, la Francia, la Suiza, etc. Despues de contemplar el imponente espectáculo que presentaban en aquel dia las embravecidas olas de aquel brazo de mar cuyas 22 millas de ancho salvan los valientes vapores dedicados al servicio en 105 minutos que la mayor parte de las veces parecen otros tantos siglos, pude entrar en conversacion, por medio del intérprete, con mi buen chino, el cual parecia indiferente á las incomodidades de la travesía, á causa sin duda de las muchas que llevaria sufridas al recorrer los diferentes países y la grande distancia que le separaba entonces de su país.

Despues de haberme manifestado que no conocia de España sino las islas Filipinas y los duros columnarios, al hacerle presente que habria observado el magnífico puente de Saint-Espirit sobre el Rhone, cuya longitud es de 822 metros, el elevado pico del monte Blanco, que se halla á 4,810 metros sobre el nivel del mar, y que no dejaria de reparar en la altura de la cúpula de San Pablo de Lóndres, como habria ya observado la de los Inválidos y del Panteon en Paris; me contestó sonriendo, que en su país tenían el puente de Token sobre el rio Mir, cuya obra tiene una longitud de 7 kilómetros y 987 metros, con ojos ó aberturas de 39 metros de luz, y el de Loyang en Fokien sobre un brazo de mar, cuya extension es todavia mayor, ó sea de 9 kilómetros 857 metros; que respecto á montañas, habia visto el pico 140 del Himalaya, que se halla á 7,821 metros sobre el nivel del mar, y que en cuanto á obra de fábrica, no podia olvidar la mayor de las pirámides que tiene 146 metros de altura.

Reconocia las ventajas que la maquinaria perfeccionada y el vapor han proporcionado á las industrias y comercio del Occidente, el valor de nuestras tropas y la superioridad de nuestras armas; aplaudia la necesaria proteccion que, en beneficio propio, han dado los gobiernos á los ferro-carriles, cuyas inmensas ventajas ha-

bia empezado ya á conocer en la India inglesa, y consideraba estas comunicaciones como la mas importante mejora material que puede proporcionarse á un pueblo; pero no por esto dejaba de alegar los títulos de consideracion á que la China le parecia acreedora.

Recordaba que el Chi-King, el primero de sus libros sagrados, fué escrito 2,366 años antes de la venida de Cristo (lo cual se ha probado ser una ilusion), sus 2,793 templos, 3,600 monasterios, 1,193 castillos, 3,158 puentes de sillería, 1,639 ciudades, algunas de las cuales tienen una poblacion de 2 millones de almas, y sobre todo, su grande muralla de 1,400 millas de longitud (defensa que se ha visto ser inútil contra los tártaros), y con cuyos materiales podria hacerse un muro de 6 piés de alto y 2 de espesor que daría dos veces la vuelta al rededor del mundo, y por fin hacia presente que su país en nada cedia á la Europa en ciertas industrias como en la de la seda, porcelana, trabajos de marfil, ebanistería, colores, etc., y que la China habia sido también la primera en la produccion de ciertos artículos que tenemos en grande estima.

Y efectivamente, si recorremos la historia, encontraremos que no le faltaban al chino razones en que apoyarse. Pasemos por alto que la *Gaceta de Pekin* cuenta 1,037 años de existencia, y que hoy sigue, como en el principio de su publicacion, impresa en los mismos caracteres sobre un trozo de seda amarilla, y fijémonos, por ejemplo, en la seda.

Los chinos fueron los primeros que conocieron el arte de criar los gusanos de seda, de hilar los capullos, y de tejerla para telas de ornato y de lujo en el vestido. Virgilio es el primero de los escritores romanos que se supone haber aludido á la produccion de la seda en China, pero los términos en que se expresó demuestran cuán poco conocimiento se tenia en Roma de la naturaleza real de este artículo; y por esto algunos dudan si se refirió mas bien al algodón que á la seda.

Plinio, en su Historia natural, describió la formacion de la seda por el gusano conocido con el nombre de «Bombyx.»

No puede precisarse la época en que la sedería se introdujo en Roma, pero fué en los tiempos de Pompeyo y Julio César, el último de los cuales desplegó una profusion de estos tejidos en alguno de los magníficos espectáculos teatrales con que pensó conciliarse y divertir el pueblo.

La grande distancia entre China y Roma, las dificultades del transporte que se hacia por medio de caravanas que atravesaban la Persia, y el subido precio que la seda tenia en la misma China, eran la causa de que su coste al llegar á Roma fuese tal, que algunas veces se llegó á vender una cantidad de sedería, pagando su peso con otro peso igual en oro. Al principio solo la usaban algunas damas eminentes por su rango y opulencia. Al comenzar el reinado de Tiberio, se publicó una ley para que ningun hombre pudiera usarla; pero el licenciado Heliogábalo despreció aquella ley, y fué el primero de los emperadores romanos que usó la vestimenta compuesta toda de seda. Una vez dado el ejemplo, se generalizó su uso para vestidos, tanto entre los ciudadanos ricos de Roma como entre los de las provincias, y á medida que aumentaba la demanda de este artículo, se hacían esfuerzos para importar mayores cantidades, de lo cual provino que el precio fuese progresivamente declinando desde el reinado de Aureliano, segun puede colegirse de «Ammiano Marcelino,» cuando manifiesta, que en el año 370, el uso de la seda se habia extendido hasta á las clases menos acomodadas.

La China continuó obteniendo del imperio romano sumas considerables en cambio de la sedería que le vendía, la cual llegó á ser un artículo indispensable.

En el año 530, dos monjes persas que habian permanecido largo tiempo en China, y habian allí aprendido el modo de criar los gusanos de seda, animados con las dádivas y promesas de Justiniano, trajeron á Constantinopla los huevos de estos insectos que se fomentaron bajo la direccion de los referidos monjes. Los gusanos vivieron é hicieron su trabajo en el nuevo clima, se salvó una grande multitud de mariposas para propagar la raza, y se hicieron grandes plantaciones de moreras para alimentar las nuevas generaciones.

Así se estableció en Europa este nuevo é importante ramo de industria, que á fuerza de experiencia y estudios, se fué adelantando de manera que, en el reinado siguiente, los embajadores Zogdoitas pudieron cerciorarse de que los romanos sabian criar los insectos y trabajar la seda con tanta perfeccion como los chinos.

La Grecia, y particularmente el Peloponeso, se distinguió desde luego en la cria de los gusanos y en el conocimiento y acierto con que los habitantes de Tebas, Corinto y Argos llevaron á cabo las manufacturas. Hasta el siglo XII, la Grecia continuó siendo el único país de Europa en que se ejercía esta industria. En 1147, las fuerzas de Roger, rey de Sicilia, entraron en Corinto, Atenas y Tebas, y se llevaron algunos prisioneros á Palermo, los cuales introdujeron en Sicilia la cria del gusano y la manufactura de la sedería. De esta isla pasó la industria á Italia: y Venecia, Milan, Florencia, Lucca, etc., se distinguieron muy pronto por el buen resultado que dió la cria de gusanos y por la extension y belleza que dieron á sus tejidos.

Luis XI invitó á algunos operarios italianos á que pasasen á Francia, los cuales establecieron en Tours esta industria, que no se planteó en Lyon hasta que, en 1530, habiéndose posesionado Francisco I de Milan, hizo que bajo su proteccion se estableciesen en aquella ciudad algunos operarios.

En el siglo XIII, algunas personas distinguidas usaron

la seda en Inglaterra. La manufactura no hizo adelantos hasta el tiempo de Elisabeth, despues del cual fué cobrando tal extension, que en el preámbulo del estatuto de 1666 se dice, que en aquella época se hallaban ocupados en esta industria 40,000 operarios, y cobró aun mas animacion cuando Luis XIV, con la revocacion del edicto de Nantes, obligó á centenares de miles de sus mas industriosos súbditos á buscar un asilo en el extranjero, y de los cuales unos 30,000 operarios en el ramo de la seda se refugiaron á Inglaterra. En dicha época, la introduccion de la sedería extranjera era libre en aquel país, y su importe ascendía á unos 3 millones y medio de duros anuales. Pero en 1697, los refugiados tuvieron valimiento para que el gobierno prohibiese la introduccion de los tejidos de seda de los países de Europa, prohibicion que en 1701 se extendió á los de la India y China, siguiendo este sistema hasta 1826, en cuyo año M. Huskisson, manifestando el atraso en que se hallaba esta industria en Inglaterra, logró que cesara la prohibicion, imponiendo un derecho de 30 por 100 «ad valorem.»

Se cree que los árabes, durante su permanencia en España, introdujeron la cria del gusano y los tejidos en las provincias de Murcia y Valencia, en las cuales esta industria, que no es de las de menor importancia, está generalmente confiada al cuidado de las mujeres de los labradores.

La Alemania fué también uno de los países que mas pronto se distinguieron en la manufactura de la seda, y especialmente en la de terciopelos. Desde 1821, la cria de gusanos se empezó en grande escala en Prusia y en los Estados del Zollverein, y de Berlin y Postdam el cultivo de la morera se extendió á la Silesia y Hannover. En el gran ducado de Baden se plantaron estos árboles en las carreteras y taludes de los ferro-carriles, y el Austria, que no ha perdonado medio de aumentar esta produccion que en 1832 le daba cien millones de francos anuales, estableció arbolados de moreras en todas las poblaciones de la frontera militar de Turquía, las mandó plantar en los fosos de las fortificaciones de Praga, y ordenó que se plantaran también en las cercas y taludes de todos los ferro-carriles de la monarquía.

No parecerá extraño que la importancia de esta industria haya dado lugar á diferentes ensayos y solícitos cuidados para asegurar su conservacion y perfeccionarla en lo posible.

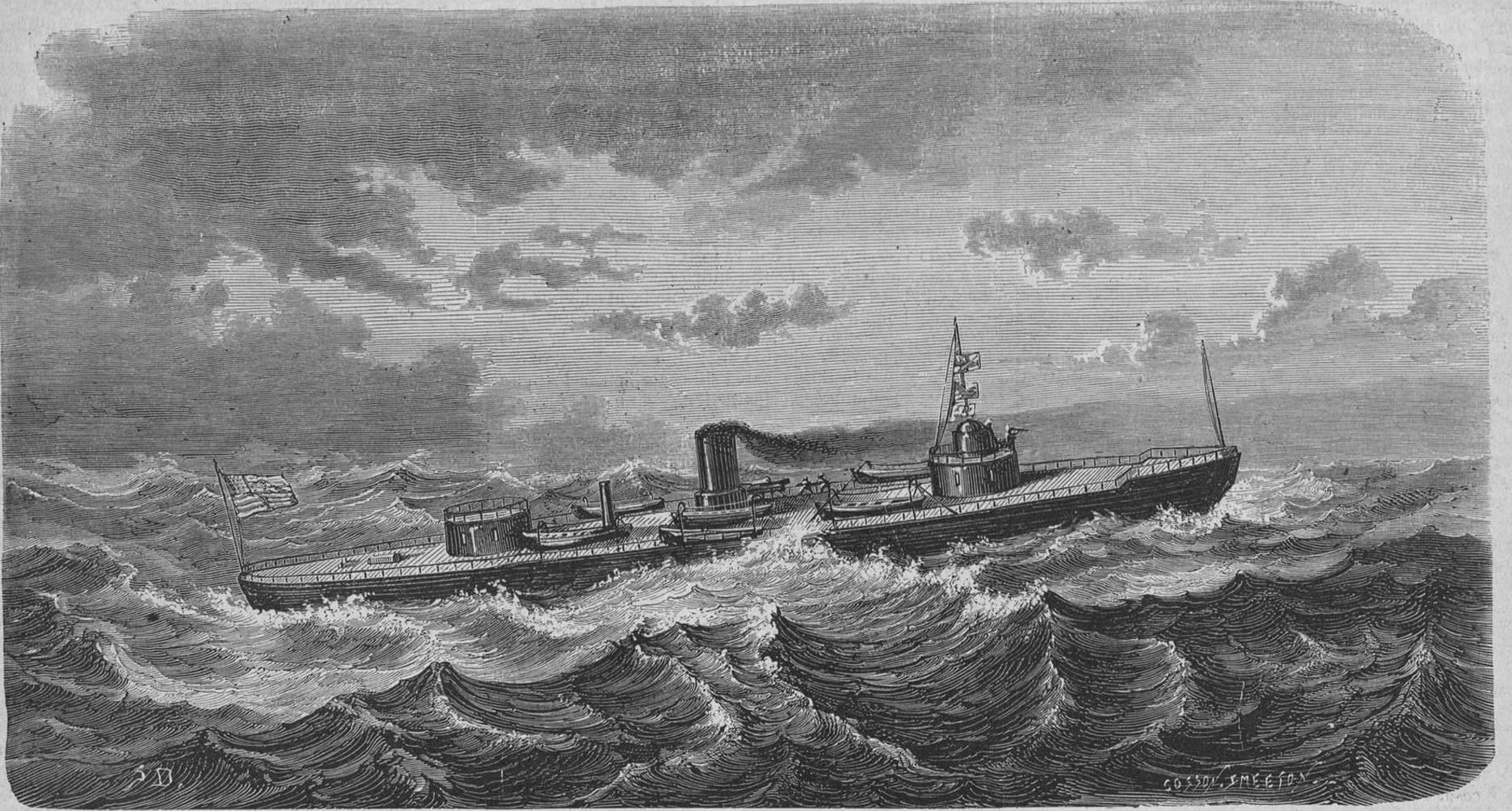
Desde hace mucho tiempo, se habia descubierto que si mezclaban al alimento algunas sustancias colorantes, quedaban teñidos los huesos de los animales que las comían. M. Roulin se fijó en este descubrimiento, y su primer ensayo fué mezclar ciertas proporciones de indigo á las hojas de morera, con lo cual obtuvo que los gusanos diesen capullos naturales de color azul. Despues de otros ensayos y de reflexionar sobre la sustancia que no fuese nociva, llegó á encontrar que las pequeñas cantidades de la «Bignonia chica» mezcladas á las hojas que habian comido los gusanos, les hizo producir capullos encarnados.

En 1857 se obtuvo en Italia la seda directamente de la corteza de la morera y el descubridor tomó un privilegio en Francia, Inglaterra, Italia y Turquía; pero es preciso considerar que la seda verdadera proviene del procedimiento químico que se opera en el estómago del gusano, y que la morera, como otras cortezas, podrán proporcionar seda (no verdadera) con tal que tengan fibras de suficiente longitud.

M. Guerin de Menneville, cuyos estudios en este ramo son conocidos, presentó en la Academia de Ciencias, cuatro nuevas especies de gusanos, á saber: el «Bombyx Mylitta,» de Bengala, el «Bombyx Pernyi,» del Norte de China, el «Bombyx Yama-mai,» del Japon, y el «Bombyx Roylei,» procedente del Himalaya en la frontera de Cachemira. Esta última especie se alimenta con las hojas del roble (*Quercus incana*). Su capullo se diferencia en ser mas grande y estar rodeado de una cubierta de color gris plateado, y el gusano puede aclimatarse bien en el centro de la Francia.

El «Yama-mai» que se alimenta también con las hojas del roble, es originario de la isla de Fatsy-sio en el Japon, en la cual se crían en estado silvestre. La seda es muy fuerte y parece que no cambia de color, y es monopolio de aquel gobierno que tiene prohibida, bajo pena de muerte, la extraccion ó venta de la semilla. Pero á pesar de esto, M. Duchesne, cónsul general de Francia en el Japon, pudo enviar en 1861 alguna semilla á la Sociedad de Aclimatacion, y aquella muestra bastó para dar á conocer su valor. A consecuencia de esto, una comision científica logró en 1862 enviar á Francia una buena cantidad de semilla, de la cual obtuvo alguna M. Personat, de Laval, quien en 1865, despues de tres generaciones, tenia 20,000 gusanos en sus robles de Laval.

Me parece que ofrecerán interés los siguientes datos extractados del «Annuaire des cinq Departements de la Normandie.» «Los huevos de los gusanos producen bien en invierno si se mantienen secos, y en la primavera cuando los robles se visten de hoja, para fomentarlos solo se necesita colocarlos en un aposento cuyo frente dé al Mediodía. Los gusanos se alimentan de hojas de cualquiera clase de roble, crecen pronto, cambian cuatro veces la piel y á los 60 ó 65 días empiezan sus capullos. Despues del primer cambio y aun desde su salida del huevo, pueden exponerse al aire libre, pues que la intemperie no los afecta. El peso del capullo es mayor que el del gusano de morera. Un capullo vacío pesa 70 centigramos, al paso que el del de la morera solo pesa 33, es decir, 450 ó 500 capullos frescos ó llenos del gusano de morera pesan 1 kilogramo, al paso que



El Onondaga, buque de coraza americano, comprado por el gobierno francés.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Seccion rusa: Alfombras y trajes.

para el mismo peso solo se necesitan 200 del de roble. El precio del capullo del gusano de morera es de 5 á 8 francos el kilogramo, y aunque el del gusano de roble tiene la misma estima, si debiera venderse, aunque no fuese sino á 4 francos, daría 2,000 francos de producto por cada hectárea (unas 2 mojudas), puesto que un metro cuadrado de plantacion de robles produce 15 á 20 capullos, y aun calculando á 10 solamente, cada hectárea producirá 100,000 capullos ó sean 500 kilogramos.»

La enfermedad que de algunos años á esta parte atacó á los gusanos de seda ha llamado, como no podía menos, la atencion de los sericultores y de las asociaciones cooperativas de esta importante industria. En 1862 el prefecto de Vigan, M. Coupier, indicó como remedio el alquitran de gas colocado en vasijas planas cerca de los criaderos, atribuyéndose el buen efecto que dice que produjo su experimento al ácido carbónico que se desprende de aquel agente.

El capitán Hutton atribuye la enfermedad á la degeneracion de la raza que, segun dice, puede regenerarse, devolviendo á las nuevas generaciones su color primitivo oscuro, y encargando para ello á los sericultores, que escojan los de este color para hacer las nuevas crias, separándolos de los de color pálido y haciendo educaciones parciales de los oscuros que darán indudablemente una semilla escogida, y de este modo á la vuelta de tres años se obtendrá una generacion como la mas sana que se haya visto en Europa. Esta doctrina está conforme con la carta que M. Achard dirigió en 10 de agosto del presente año al director de la «Revue universelle de Sericulture de Lyon,» que recomienda las educaciones parciales de semillas sanas, el evitar la compra de las semillas impuras del comercio, y el no olvidar que el Japon puede agotar su semilla como se ha agotado la de otros paises.

M. Menneville, que se ha ocupado de este serio asunto, opina, como otros hombres prácticos, que la enfermedad proviene de la que sufrieron las moreras en varios distritos, y lo cierto es que las crias que trajeron de otros puntos en que no existia la enfermedad dieron una buena cosecha, durante el primer año, pero no pudieron propagarse, porque los huevos estaban, por lo general, inficionados como los de los gusanos enfermos.

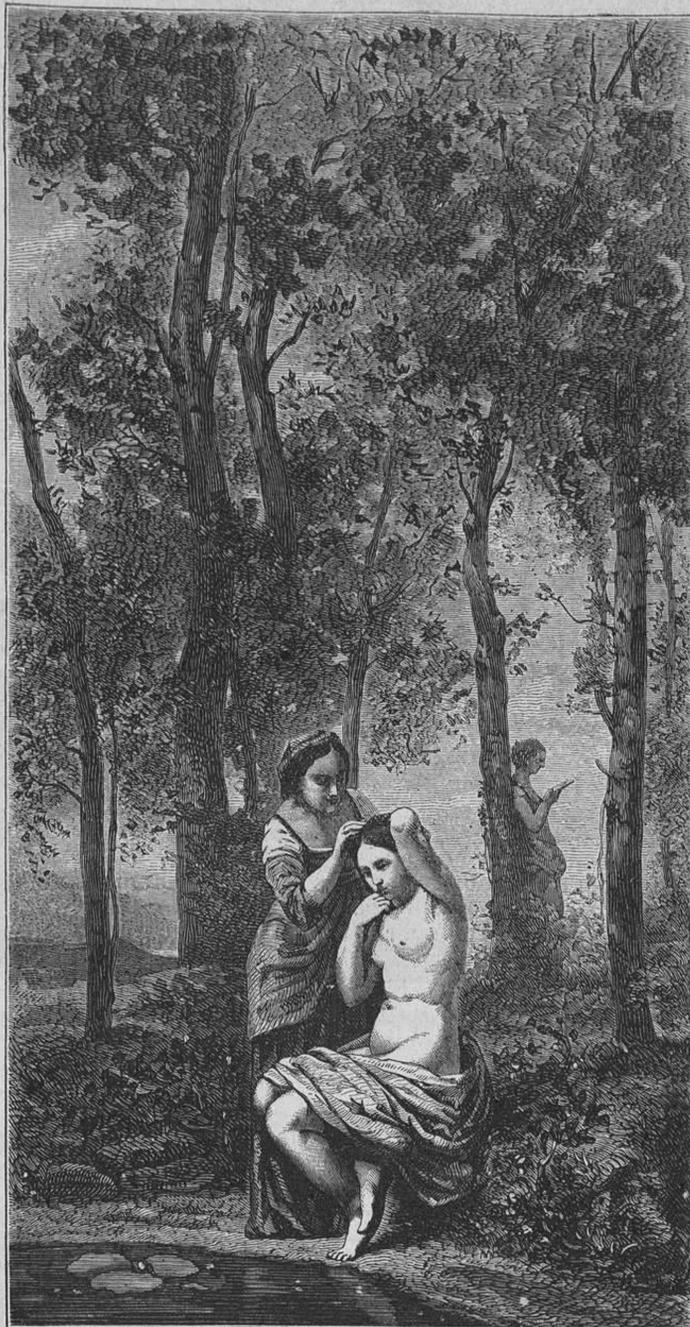
De aquí pues se deduce, que á menos de dedicarnos con esmero á la regeneracion de la raza, los sericultores deben importar cada año semilla nueva de los paises en que puedan obtenerla sana (como parece que lo hicieron ya los valencianos en el año pasado), aun cuando cuidadosos experimentos han demostrado que la semilla obtenida de gusanos enfermos puede producir una cria sana en paises en que no se haya declarado la enfermedad.

Para dar una idea de la importancia de esta industria, bastará fijar la atencion en los siguientes números:

La Inglaterra importa anualmente por término medio 13 millones de libras de seda en bruto, cuyo valor es de unos 47 millones de duros. Durante los últimos años variaron mucho los puntos de donde se importaba. Antes se abastecía principalmente de Italia y Siria, y habiendo fluctuado las importaciones de Francia, se provee ahora principalmente de la India. La Inglaterra tiene 500 fábricas con un capital de 250 millones de duros, que emplean una fuerza de 5,176 caballos-vapor y como un millon de almas en los diferentes ramos relacionados con la industria de la sedería.

Austria ha desarrollado la sericultura principalmente en las provincias del Sur y del Adriático. El producto anual es de unos 300,000 quintales. En esta industria ocupa 100,000 almas y 4,000 calderas para el hilado y movimiento de la maquinaria.

La Italia produce unas 4,200 toneladas



EXPOSICION UNIVERSAL.  
Bellas Artes. — El Tocado, cuadro por M. Corot.

de seda cruda, cuyo valor es de unos 60 millones de duros.

El Japon da por término medio 135,000 balas de 4 arrobas próximamente, de las cuales, desde 1858 á 1861, remitió á Inglaterra 17,295 balas.

Segun noticias que he adquirido, la cosecha de la seda produce en el reino de Valencia y Murcia unos 3 millones y medio de duros anuales, pudiendo calcularse en unos 800,000 duros la del alto y bajo Aragon.

Cataluña y otras provincias se dedican á la sericultura, pero no bajo una escala de importancia.

La parte sola del Mediodia de la Francia gasta 1 millon 200,000 onzas de semilla, cuya principal parte importa del extranjero. Como esta ha resultado mala en los últimos años, se ha calculado que ha ocasionado una pérdida de 50 millones de francos anuales.

En el Ecuador, hace ocho años que Quito introdujo la sericultura. En vista de los buenos resultados de aquel ensayo, tiene en la actualidad unos 600,000 árboles de morera que á favor del clima favorable para su vegetacion, han alimentado una considerable cantidad de gusanos. Creyendo que este será otro elemento de prosperidad para el pais, los propietarios han emprendido la plantacion en vasta escala, de manera que se confía que en muy pocos años se contarán los árboles á millones. En 1865 remitió aquella república unas 100,000 libras de semilla á Europa, que resultó de clase superior.

Después de lo expuesto, dejo á los amantes de la agricultura el considerar, en vista de la buena vegetacion que adquiere la morera en nuestro pais y de la facilidad con que parece que podriamos aclimatar los gusanos que se alimentan ya con la hoja de la morera, ó ya con la del roble, si no seria una especulacion provechosa el dar en nuestra provincia mayor desarrollo á la cria, cuyo producto, aun en el caso de que no fuese de los mas preferidos, podriamos presentar en los mercados de Europa, y especialmente en el de Inglaterra, con menores gastos de los que ocasiona la importacion en aquel pais de la seda de los mares de Oriente, y con cuyo importe saldariamos una parte del valor de los efectos que de allí importamos y pagamos principalmente en efectivo.

Hay además la circunstancia de que si se diera mayor incremento á la cria del gusano en nuestra provincia, y pudiera adoptarse el sistema austriaco de plantar las moreras en las cercas, taludes y terrenos disponibles de los ferro-carriles, la plantacion produciria á las compañías un producto de alguna importancia y que no seria despreciable atendido el estado lamentable en que se hallan estas empresas en las cuales está tan interesada Cataluña, y especialmente Barcelona.

Me parece pues que la Excm. Diputacion con el concurso, si necesario fuese, de los hacendados agricolas amantes de la prosperidad del pais, deberia considerar si conviene dar impulso á la sericultura es nuestras provincias, y en este caso, importar la cantidad necesaria de semilla de las mejores condiciones y procedencias (siendo hoy la de Esmirna una de las mejores), repartirla entre las muchas personas que pueden dedicarse á hacer ensayos, que bien conducidos, no pueden menos que ser lucrativos, recoger y publicar los datos conducentes á vulgarizar las nociones que son indispensables para llevar con acierto la educacion de los gusanos, establecer, si lo creyese conveniente, en la Granja escuela una seccion de sericultura, para que pudiese servir de norma á los que quisiesen dedicarse á este ramo, y estimular con premios á los sericultores que mas se distinguiesen en la explotacion de este elemento de prosperidad.

J. GIL Y M.

Setiembre de 1867.

**El monitor**

*Onondaga.*

El *Onondaga*, que el gobierno francés acaba de comprar á los Estados Unidos, y cuyo dibujo damos, es un monitor de dos torrecillas, construido por M. G. W. Quintard, y cuyas máquinas han sido fabricadas en los talleres de M. Morgan.

El *Onondaga* mide 69m,30 de largo, 15m, 20 de ancho y 3m,90 de profundidad.

Cada torrecilla del sistema Ericsson ofrece dos portas pa-



EXPOSICION UNIVERSAL. — Los Peregrinos de Santa Odilia, cuadro por M. Brion.

ralelas que pueden recibir cañones de grueso calibre. Estas portas son oblongas, y así es que no se podían apuntar las piezas sino en altura, si la rotación de la torre no permitiese el tiro en dirección.

La torrecilla de proa está coronada con otra torrecilla mas pequeña que sirve de puesto al comandante y á su segundo durante el combate, y desde allí se puede distinguir por unas aberturas todo lo que pasa en torno del buque.

Sabido es que los buques del tipo monitor poseen una grande estabilidad en razon á su forma especial. El viaje del *Miantonomoh* á Europa y el del *Monadnock* de Nueva York á San Francisco por el estrecho de Magallanes, prueban que estos buques pueden navegar en alta mar, si se presenta el caso. Una gran cantidad de aberturas practicadas en el puente superior y una porción de bocas de ventilación artificial, alimentadas constantemente por el juego de las máquinas, permiten la entrada del aire y de la luz en el interior del buque.

Dos máquinas cuyos cilindros tienen 75 centímetros de diámetro, y los embolos 43 centímetros de carrera, hacen mover dos hélices independientes uno de otro, lo que hace inútil, en caso necesario, la intervención del timon en la marcha del buque, si el timon viene á sufrir una avería grave.

En atención al mal tiempo que reina en el Atlántico en esta época adelantada de la estación, se ha renunciado á hacer atravesar el Océano al *Onondaga* en lo que queda de año, y así es que no vendrá á Francia hasta la primavera próxima.

A.

### Exposición universal de 1867.

ALFOMBRA, TAPICERÍA Y TRAJES RUSOS.

La Rusia es una de las naciones que han querido darse á conocer mejor en la Exposición universal; ha comprendido que era para ella una ocasión única y se ha guardado muy bien de desperdiciarla. Cuando se recorren sus galerías cree uno estar viajando; tan distintos son los objetos que allí se encuentran de los que vemos comunmente.

Debemos señalar con especialidad todo lo que está expuesto en la galería de los muebles. La instalación es original cual ninguna. Al lado de trajes pintorescos que no hemos visto nunca, se hallan esteras y alfombras que llaman la atención de los curiosos. Sobre estas tapicerías vamos á decir dos palabras.

Las mas notables provienen de Gori, de Tiflis, del Daghestan. No hay que estar muy versado en la historia industrial para distinguir desde luego la influencia oriental, la proximidad de la Turquía y la Persia. En tiempo de Luis XIV una alfombra que venia de esas apartadas regiones era un objeto de gran lujo, y las mas ilustres familias se trasmitían estas obras de tapicería como una preciosa herencia. Mas aun, cuando investigamos el origen de la industria francesa en este género, hallamos que los primeros obreros imitaban lo que se hacia en las manufacturas orientales. Si desde aquellos tiempos se ha trabajado de otro modo, los Gobelines, Beauvais y Aubusson recuerdan siempre su origen.

En estas tapicerías del Cáucaso lo que primero se advierte es la riqueza y animación de los colores. Si no siempre el dibujo es de una gran variedad en los asuntos, de una gran complicación de líneas, al menos el colorido no deja jamás de ser deslumbrador, y el brillo no quita nada á la armonía. Como decían los tintoreros antiguos, preciso es creer que esto depende de las especiales cualidades de las aguas en que se disuelven las materias que sirven para la coloración. Efectivamente, con el tiempo se gasta la tela, pero el caso es que gastada y todo conserva hasta el último retazo esas cualidades agradables á la vista que nos sedujeron desde el principio. Por lo demás, los que quieren darse cuenta de los procedimientos de fabricación, no tienen mas que examinar algunos telares que se hallan ya en la exposición moscovita, ya en la exposición de Turquía. El mecanismo es de los mas elementales y no exige conocimientos bien extensos para que se comprenda perfectamente. Las poblaciones á las que debemos estos bellos productos han estado siempre y están aun en la infancia de la ciencia industrial; pero no por eso merecen menos admiración los resultados.

No debemos omitir que todos estos productos se venden á precio barato. Por esta razon no nos ha sorprendido ver que los compradores se presentaban en muchedumbre desde los primeros días, tanto que aunque las mercancías hubiesen sido cuatro veces mas abundantes, no habria sido posible satisfacer todos los pedidos. Esto debe fomentar seguramente la industria y el comercio del Cáucaso.

En la misma galería y al lado de alfombras de tambor que valen tanto como las de Bruselas, á que son tan aficionados los ingleses, hemos visto esteras de paja que vienen de Kuvola en la Finlandia. ¡Cosa singular! Estos países donde el invierno es tan intenso, nos envían la mejor de todas las alfombras para el verano. Es cierto igualmente que la paja, con sus propiedades aisladoras, es tambien un preservativo contra el frio. La singularidad no es por esto menos digna de notarse,

G. R.

### Galerías de obras de arte

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Reproducimos dos cuadros expuestos en la sección francesa de la Galería de las obras de arte. El primero, el *Tocador*, de M. Corot, es una hermosa página que puede añadirse á las que componen ya la abundante colección del eminente artista; y el segundo cuadro, los *Peregrinos de Santa Odilia*, de M. Brion, ha producido en el público ilustrado una sensación que nos dispensa aqui de todo elogio. Próximamente daremos otras reproducciones de obras expuestas en la misma galería, acompañadas de las observaciones que nos sugiera esta exposición de las obras de arte.

### Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

Antonio observó con satisfacción que en el fondo reinaba entre ellos un tono cortés y lleno de miramientos. Sintiendo un poco fatigado se retiró temprano, y como no habia contradicho á nadie, antes al contrario, se habia mostrado agasajador con todos, cuando salió del aposento, no hubo mas que una voz para declarar, que prometía ser un buen compañero.

Mientras tanto Veitel Itzig atravesaba las calles y atropellaba á los transeúntes con la poca aprensión de un vagabundo y la seguridad de un hombre conocedor del terreno que pisa.

El rojizo reflejo del sol poniente se habia elevado del embaldosado de la calle á lo largo de las casas, de una cornisa de ventana á la otra hasta el techo, y el crepúsculo de la noche habia bajado á las estrechas callejuelas del antiguo barrio adosado al rio.

En una de estas calles habia una gran casa, de larga fachada; las ventanas del cuarto bajo estaban resguardadas por barras de hierro; en el primer piso se veían brillar vidrieras con cristales semejantes á los de un espejo con buenos marcos blancos; en las guardillas las ventanas estaban deslucidas, sucias y habia mas de un vidrio roto.

Esta casa no tenia un carácter decidido y puro; parecia una vieja gitana tapujando sus harapos con un hermoso pañuelo de color enteramente nuevo.

En esta casa fué donde entró Veitel Itzig. En la puerta encontró á una criada ataviada con coquetería y la dió un beso sonoro que esta rechazó como si hubiese sentido el contacto de una avispa. Una sucia escalera conducía á una puerta de entrada pintada de blanco, encima de la cual figuraba, en una gran plancha de latón, el nombre de *Hirsch Ehrenthal*.

Veitel asió el gran pomo de porcelana de la campanilla y la agitó dulcemente. Una viejecita con una cofia deslucida asomó la nariz por la puerta apenas entreabierta y le preguntó qué queria; al oír su contestación, abrió enteramente la puerta y gritó:

— Aquí hay uno que dice se llama Itzig Veitel, que viene de Ostran, y que desea hablar á M. Hirsch Ehrenthal.

Del fondo de la habitación se dejó oír la voz del dueño de la casa diciendo:

— Que aguarde.

Y el ruido de la vajilla indicaba que el hombre de negocios queria primero saborear el dulce placer de cenar en familia antes de conceder una audiencia al millonario en embrión. La sirvienta miró á Veitel con desconfianza, le dió con la puerta en las narices, y le dejó consumirse en la escalera.

Veitel se sentó en uno de los escalones, miró fijamente la plancha de latón y la puerta blanca, y trató de hacerse cargo del efecto que produciría el nombre de Itzig en una plancha parecida y sobre una puerta blanca igual á la que estaba contemplando.

Esto le condujo naturalmente á pensar en todo lo que le faltaba todavía para ser tan rico como Hirsch Ehrenthal. Llevó la mano al chaleco y tentó el bolsillo, en uno de cuyos dobleces su anciana madre le habia cosido seis ducados bajo un pedazo de cuero.

Calculó cuánto podia economizar cada dia para añadirlo á su hucha, contando siempre con que el hombre rico en quien confiaba le facilitara los medios de ganar alguna cosa.

Estaba abismado en profundas meditaciones filosóficas sobre el valor de las botas de fantasía que se figuraban en los pies de un joven elegante, y que segun él debían valer tres veces mas que la pieza de cuatro gros que queria ofrecer, cuando la puerta de entrada se abrió con estrépito, y M. Ehrenthal se presentó delante del pobre diablo.

Su amabilidad habia desaparecido como el perfume de una rosa al fin de un dia caluroso. Ahora todo era majestad, importancia y despotismo; un tirano de Asia

no hubiera dirigido á una pobre criatura arrodillada delante de él, una mirada mas altanera que la que Ehrenthal lanzó al humilde joven de Ostran.

Itzig reconoció la elevada posición que ocupaba este grande hombre, y cuán pequeño era á su lado á pesar de los seis ducados que tenia en el bolsillo. Así es que de un salto se puso en pie, y tomó frente á frente de su amo una actitud conforme con su miserable condición.

— Traigo, dijo, una carta de Baruch Goldmann á M. Ehrenthal, que me ha hecho venir á trabajar bajo sus órdenes; y al mismo tiempo presentó la misiva al grande hombre.

— En efecto, he escrito á Goldmann, y le he encargado que me enviara un hombre para examinarle y para ver si podrá cumplir lo que le mande. Todavía no he resuelto nada sobre el particular, dijo Ehrenthal con tono protector abriendo la carta.

— Yo he venido para que me examineis, contestó Veitel.

— ¿Por qué has venido tan tarde? Esta no es hora á propósito para hablar de negocios, dijo bruscamente Ehrenthal.

— Creí que debía presentarme á M. Hirsch Ehrenthal el mismo dia de mi llegada, para preguntarle si tenia algo que mandarme para mañana.

— Mañana es demasiado pronto, respondió ágridamente el hombre de negocios, que juzgaba conveniente hacer sentir al novicio cuán poca importancia daba á su persona.

Itzig comprendió perfectamente la conducta del hombre cuyo apoyo le era tan necesario, y viendo que hasta aquí su posición era muy poco favorable, procuró ganar terreno marchando al fondo de la cuestión, insinuando que tal vez podría prestar algun servicio el dia siguiente, dia de mercado, conociendo á la mayor parte de los carreteros que conducían *colsa* (especie de col silvestre).

— *Colsa*, ¿qué he de hacer yo con la *colsa*? ¿Con qué se nos viene ahora! contestó Hirsch Ehrenthal con un tono mas agrio todavía.

Pero sin dejarse intimidar, Veitel continuó haciendo alarde de su mérito:

— Además sé todos los rincones de la ciudad; conozco los corredores y las gentes de baja esfera, y podría ayudaros en todo, tanto dentro como fuera de casa.

Y queriendo á toda costa terminar el ajuste por el cual enajenaba hasta su persona, añadió con aire resignado:

— No llevo mis pretensiones al extremo de querer permanecer en casa de M. Hirsch Ehrenthal, y si no tiene sitio para mí en ella, yo iré á hospedarme en cualquier posada de la vecindad.

M. Ehrenthal conmovido á su pesar por la abnegación del pobre diablo, le miró todavía otra vez de pies á cabeza, y le preguntó con menos acritud:

— ¿Tus papeles están en regla para que yo no tenga ningun disgusto con la policía?

Veitel le tranquilizó sobre este particular, pues extrajo misteriosamente de entre los pliegues de su destrozada chupa, una gran cartera muy vieja de donde sacó su certificado.

M. Ehrenthal, fingiendo una repugnancia hábilmente representada hácia el sucio papel que Veitel le presentó, no examinó por eso con menos detenimiento la firma y el sello, poniendo el documento contra la luz.

Veitel aguardaba ansiosamente lo que haría M. Ehrenthal con el documento; si le conservaba en su poder, el negocio estaba casi terminado.

Mientras M. Ehrenthal retenía negligentemente el papel en su mano, Itzig dejó escapar una sonrisa familiar y respetuosa á la vez.

— Si te admito á mi servicio, dijo el patron, harás en la casa todo cuanto yo ó Mad. Ehrenthal, ó mi hijo Bernardo, tengamos á bien mandarte. Por la mañana, limpiarás las botas, y tambien los zapatos de mi mujer; en cuanto á la cocina irás á hacer todas las compras que te encargue la cocinera; con respecto á mí, harás todas mis correderías y ejecutarás todas mis órdenes.

— Señor, dijo Veitel humildemente, yo haré de manera que quedeis contento de mí.

— La cocinera te dará de almorzar y de comer. Por la noche, desde las siete en adelante, serás dueño de tus acciones.

Veitel se dió mucha prisa por aceptar esta condición y únicamente se tomó la libertad de preguntar:

— Y por la mañana ¿no podría yo tener una ó dos horas á mi disposición?

— No, contestó Ehrenthal de mal humor. Yo no puedo sufrir que ninguno de los que están á mi servicio hagan negocios por su cuenta.

Como Veitel estaba decidido á hacer, á toda costa, negocios por su cuenta, y esto lo sabian tambien el uno como el otro, se renunció á insistir sobre este punto delicado.

— Todos los meses te daré dos escudos, y si por tu mediación hago algun negocio, llevarás en él tu parte.

— ¿Cuál será esa parte? preguntó Veitel vivamente.

— ¿Cuál será? dijo Ehrenthal indignado; lo que yo te dé será siempre bastante para tí.

— Bastante para vos, pero no para mí, repuso Veitel ardorosamente, porque comprendió que sobre este punto capital era necesario mostrar mucha resolución.

— Ya hablaremos de eso cuando haya trascurrido el término de prueba. Este será de un mes; despues yo fijaré tus beneficios.

Esto era todo lo que Veitel podia exigir razonablemente. Tomó su paquete que habia dejado encima de un escalon y dijo humildemente:

— Acepto. Si el señor Ehrenthal quisiera darme un

pantalon viejo y una levita idem, para que yo no le avergüence á los ojos del mundo.

— Ni pantalon ni levita, respondió el negociante en tono que no admitía réplica.

— ¡Bien! me los dareis dentro de un mes, cuando haya espirado mi tiempo de prueba.

En el curso de la bolsa de los ropavejeros esta demanda equivalía á un regalo de valor de tres ó cuatro escudos, por lo que Ehrental tuvo razon para rehusar pretension tan exorbitante.

Pero despues de haber mirado nuevamente á su futuro dependiente y comparado la humildad de su postura con su mirada atrevida y astuta, dedujo la consecuencia de que este jóven le sería útil inclinándole á mostrarse generoso.

— Vamos, concedido, dentro de un mes tendrás lo que deseas. Podrás dormir en casa de Lœbel Pinkus, para que se sepa donde encontrarte.

M. Ehrental abrió en seguida la puerta de entrada y gritó:

— ¡Esposa mia, Bernardo, Rosalía, venid acá!

Dos puertas sin contar la de la cocina, se abrieron, y la familia del patron apareció seguida por la cocinera.

Mad. Ehrental era una mujer alta que iba con vestido negro de seda, que tenia las cejas muy pronunciadas y bucles negros como el ébano. Todavía tenia pretensiones de gustar y lo conseguia en verdad.

Esto es á lo menos lo que aseguraban, con mayor ó menor conformidad, algunos jóvenes hidalgos que visitaban de cuando en cuando por la mañana á M. Ehrental; y si las protestas de los jóvenes elegantes eran comunmente mas calurosas cuanto mayor era la frialdad que Ehrental demostraba por terminar los negocios de dinero que llevaba á aquellos señores á su casa, es necesario advertir sin embargo, en honor de la verdad, que Mad. Ehrental pasaba por bella aun á los ojos de los que no iban á pedir un plazo de próroga para satisfacer una letra de cambio.

En cuanto á la hija, era verdaderamente una hermosura; de talle esbelto y noble, tenia ojos brillantes, una tez sumamente pura y la nariz imperceptiblemente arqueada.

Pero ¿cómo era el hijo de una familia semejante? Era casi pequeño, su rostro pálido y arrugado, é iba muy encorvado. Su boca y su limpida mirada únicamente indicaba que todavía era muy jóven; tambien iba vestido con mayor descuido del que convenia á un hijo de M. Ehrental, y en sus cabellos de color oscuro habia todavía plumon.

La familia y Veitel se miraron en silencio mientras el jefe de la casa dijo con tono firme:

— Aquí teneis á Veitel Itzig, á quien he admitido á mi servicio.

El orgullo aristocrático de la madre, la mirada poco favorable de la hija y el ojo distraido del hijo fueron cogidos al vuelo por nuestro pobre diablo, con tanta destreza, como los diversos rayos de un prisma son recogidos por un fisico observador.

Resolvió pues mostrarse muy respetuoso con la madre, hacer la corte á la hija, limpiar mal las botas de Bernardo, y cepillándole la ropa, introducir la mano en los bolsillos para ver si su amo habia dejado por descuido alguna moneda de plata.

Despues de esta presentación, M. Ehrental manifestó á Veitel que podia marcharse, y que debia estar en la casa á las seis de la mañana del dia siguiente. La puerta de entrada se cerró detrás de Veitel; él tambien, cuando llegó á la escalera, se encontraba en la senda de los negocios y en camino de llegar á ser un comerciante.

Bajando por la escalera se sonrió con aire satisfecho, lo que mostraba evidentemente que estaba contento de su contrato. ¿No se las habia habido con un patron tan hábil en negocios y no habia conseguido ventaja alguna sobre él? Porque, como se hubiera visto obligado á convenirse por cualquier precio, hasta sin suplemento para su *toilette*, miraba el viejo pantalon y la vieja levita que debian entregarle dentro de un mes como un beneficio real y positivo salido del bolsillo de su nuevo dueño.

La reflexion de que el traje seria de verano arrojó sobre su alma un velo sombrío; pero el pantalon seria de su hijo Bernardo, que los usaba de paño hasta durante los mayores calores del estío.

Tranquilizado por este último pensamiento volvió la esquina de la calle y fué con su paquete á casa de Lœbel Pinkus.

Lœbel Pinkus era un propietario que tenia en el cuarto bajo una taberna muy frecuentada. Pero lo que no admitia duda ninguna era que ni la cara abultada y reluciente del honrado Pinkus, ni la gruesa cadena de oro de su mujer, debian todo su brillo á la venta sola del aguardiente.

Así es que los vecinos se rompian algunas veces los cascotes para explicarse cómo Mad. Pinkus encontraba el medio de hacer asar todos los dias las ocas mas caras, y hasta algunas veces soberbias pavas.

Pero como su marido tenia un carácter resuelto, era grosero, poco sufrido, y vendia aguardiente, lo que se tendrá siempre como un indicio de sus sentimientos populares, y sabia además prestar dinero á un interés extralegal, habia conseguido hacerse temer y respetar por los artesanos y obreros del barrio.

Gozaba de buena reputacion. Los agentes de policia bebían con gusto en su casa, al pasar, un vaso de licor cuyo cobro rehusaba siempre; pagaba exactamente las contribuciones, y pasaba por amigo y hasta por agente del poder ejecutivo.

M. Pinkus era una de esas naturalezas que saben sa-

car miel de todas las flores, hasta de aquellas que huelen mal.

En el primer piso de su casa tenia una posada para los hombres con barba ó sin ella, que no podian vencer una aversion natural por todo lo que huele á tocino. Estos hombres, descendientes de familias muy antiguas, apreciaban á veces un dormitorio aislado y barato, donde el posadero no llenaba las notas ni pedia pasaporte; se presentaban regularmente en la posada por la noche muy tarde y al dia siguiente muy temprano se deslizaban por las calles de la ciudad ó bien se dirigian al camino real. Eran estos traperos ó modestos traficantes que cuentan sus beneficios por *gros* ó por *díneros*.

Independientemente de estos asalariados, se acogian tambien como extraordinario, extranjerios, personas de todos sexos y edades y de todas creencias; trataban sus negocios con el amo con el mayor sigilo y no podian sufrir que por la noche les pusiesen ninguna luz bajo las narices.

Los antiguos parroquianos de Pinkus tenian muy bien formada su opinion sobre estas rarezas, pero no juzgaban del caso gastar el tiempo ocupándose de asuntos semejantes.

Itzig entró en la casa, subió á tientas una escalera y se deslizó á lo largo de las sucias paredes, dió contra una pesada puerta de encina en la que habia una ancha cerradura, y despues de haberla abierto apoyándose fuertemente en ella, entró en una destartada habitacion que ocupaba todo lo largo de la casa.

En medio de esta habitacion habia una mesa vieja rodeada de taburetes, encima de la cual estaba colocada una mala lámpara. Enfrente de la puerta se veia un gran tabique en el que habia muchas puertecitas, parte de ellas abiertas, por las que se percibia que todo el ámbito que abrazaba el tabique se componia de cuartos estrechos separados unos de otros por medio de compartimientos en los que habia boliches de madera para colgar los vestidos.

Delante de las ventanas que daban á la calle se habian colocado unas descoloridas y sucias cortinas de resorte; por una puerta al lado opuesto penetraba en la sala la luz del dia: esta puerta daba salida á una galeria de madera que se extendia á todo lo largo de la habitacion por la parte exterior de la casa.

Itzig depositó su exiguo equipaje en un armario abierto en el muro y se asomó á la galeria. No habiendo encontrado en ella á ningun huésped, se puso á contemplar la vista que se descubria desde ella con el mismo interés que lo hubiera podido verificar un pintor de arquitectura belga, con la diferencia de que él no lo hacia con el mismo objeto.

Al pié de la casa corria un riachuelo de agua arcillosa, poblado en sus dos lados de casas de madera destrozadas. Casi en cada casa, en cada piso se habian construido en el exterior galerias iguales, apoyadas en sucios maderos. Algunas veces tres ó cuatro de estas galerias estaban sobrepuestas unas á otras, de manera que el suelo de la de encima servia de techo á la que estaba debajo.

Antiguamente, la respetable corporacion de zurradores habia habitado esta calle; entonces la ensambladura de madera estaba unida y lisa, y pieles de cordero ó de cabra estaban pendientes de las balastradas hasta que aquellas estuviesen bastante blandas y suaves para hacer guantes á los nobles y sacos de cuero para sus mujeres.

Hoy dia los zurradores se han ido á habitar los barrios mas retirados, y las pieles han sido reemplazadas por la ropa de los pobres atada á los balcones de madera ó encima de las ensambladuras rotas y de tablillas apollilladas.

A la luz de la noche, los colores blanco, rojo y azul de la ropa contrastaban singularmente con el negro maderamen, y la luz se reflejaba de la manera mas extraña en las columnas y en las voladas de la galeria, en los groseros arabescos de la orladura y en las sombrías estacas que salian acá y acullá del medio del agua. Era esta una estancia horrible para todo ser viviente, excepto para los pintores, los gatos y los pobres diablos.

Itzig habia ya habitado varias veces en esta casa, pero siempre muy acompañado; hoy que estaba solo se percibió que una larga escalera cubierta conducia desde el extremo de la galeria al rio y vió que enfrente de la expresada escalera habia otra en la casa vecina, por lo que sacó en consecuencia que debia ser muy posible bajar la una y subir la otra sin mojarse los zapatos, y descubrió además que en el estío cuando las aguas están bajas, se podian seguir las casas á lo largo del rio, y se preguntó á sí mismo si seria posible que no hubiese hombres que mirasen como útil semejante paseo de dia ó de noche.

A lo menos, no eran temibles en aquel sitio los vigilantes nocturnos ni los empleados de policia. Estas reflexiones exaltaron á tal punto su imaginacion que regresó á la gran sala, se introdujo en los armarios que estaban abiertos y examinó las tablas de los compartimientos removiéndolos y pegando en ellos.

Con gran sorpresa suya descubrió que al lado opuesto de la pared era tambien de madera y tenia un sonido hueco. Como era en este lado donde debia estar la pared divisoria de la casa vecina, le pareció extraño aquel sonido hueco, y se disponia á habérselas con un armario cerrado para ver si alguna rendija abierta en la madera de la pared opuesta le facilitaria nuevos datos, cuando un sordo gruñido le obligó á retirar la mano de la puerta del armario.

Se volvió y reconoció sin gran sorpresa que no estaba solo. En un rincon del aposento estaba acurrucado en-

cima de una jerga un mercader de la Galitzia, envuelto en un *caftan* (especie de túnica que usan los turcos) teniendo cubierta la cabeza con una gorrita negra. Habia encerrado su equipaje en el armario objeto del ataque y creyó indispensable protestar contra aquella violacion. Itzig intentó entablar conversacion con el extranjero, pero como este se mostró mas dispuesto á dormir que á hablar, Itzig se sentó en el extremo opuesto sobre otra jerga, y se puso á calcular con su activa imaginacion, y á pensar negocios accionando con los piés y con las manos, hasta que la oscuridad de la noche penetró por la puerta y la lamparita empezó á chisporrotear próxima á extinguirse.

El posadero Pinkus subió finalmente con una luz en la mano, examinó cuáles eran sus huéspedes, puso un jarro de agua encima de la mesa y al salir cerró la puerta por fuera.

En la oscuridad Itzig sacó de su bolsillo un pedazo de pan moreno, y arrullado por los ronquidos de su compañero de cuarto, acabó por dormirse encima de la jerga, sirviéndole de cobertor su vieja chupa.

V.

A la misma hora su compañero de viaje acostado en la casa patriarcal de su principal envuelto en la colcha de su cama, miró todavía con ojos medio cerrados por el sueño todo lo que le rodeaba en la habitacion y creyó ver al gato amarillo moverse encima del escritorio, hacerle caricias y saludarle. Antes de tener tiempo para reflexionar sobre tan extraordinaria amabilidad, se quedó dormido.

Delante de nuestros dos jóvenes descendió el velo del crespón gris bajo el cual la diosa de los sueños despliega ordinariamente sus fantásticas visiones. Antonio se vió sentado sobre un gran balote de mercancías volando por los aires, en tanto que una jóven le tendia los brazos.

Veitel Itzig soñó con placer que se habia trasformado en baron, y que Hirsch Ehrental iba á pedirle limosna. Se vió regalándole, al anciano Ehrental, que le daba las gracias sollozando, sus seis ducados. Veitel se horrorizó tanto en sueños de su generosidad, que pegaba en derredor suyo con los brazos y las piernas.

Al dia siguiente, cada cual de los dos jóvenes empezó á moverse en su esfera de actividad.

Antonio, sentado en su sitio en el escritorio, copiaba cartas, y Veitel, despues de haber limpiado todas las botas y zapatos de la familia de Ehrental, y de haber registrado los bolsillos de Bernardo, estaba en acecho delante de la casa mas grande de la ciudad, para vigilar á un extranjero llegado del campo, de quien se sospechaba, que á causa de estar descontento de M. Ehrental, habia llamado á su casa á otros corresponsales.

Copiando cartas, Antonio se familiarizó con el estilo y el lenguaje comercial, y Veitel acechando delante de la casa, fué bastante dichoso para recibir la direccion de un desgraciado estudiante, obligado por las circunstancias á vender su reloj de plata.

En sus primeras horas de recreo, Antonio diseñó de memoria en el mejor papel que encontró en la ciudad, las enredaderas, el balcon y los torreoncillos. Hizo colocar el dibujo en un cuadro dorado y le colgó encima de su sofá.

Durante las primeras semanas le costó á Antonio algun trabajo acostumbrarse á la sociedad de que habia entrado á formar parte. La construccion, el comercio y el adorno de la casa tenian alguna cosa tan patriarcal, tan sólida y tan grandiosa, que hasta hubieran impuesto á un hombre de mundo y de experiencia.

La casa hacia un comercio por comision, género de negocios que cada dia se hacen mas raros, hoy que las vias férreas y los telégrafos hienden el mar y el continente y que cada comerciante de las ciudades marítimas hace vender sus mercancías en el sitio mas apartado del pais, casi antes de que hayan llegado al puerto; clase de negocios tan rara, que nuestros descendientes la extrañarán tanto como nosotros extrañamos los cambios en un mercado de Tombocton ó un *kral* de cafres.

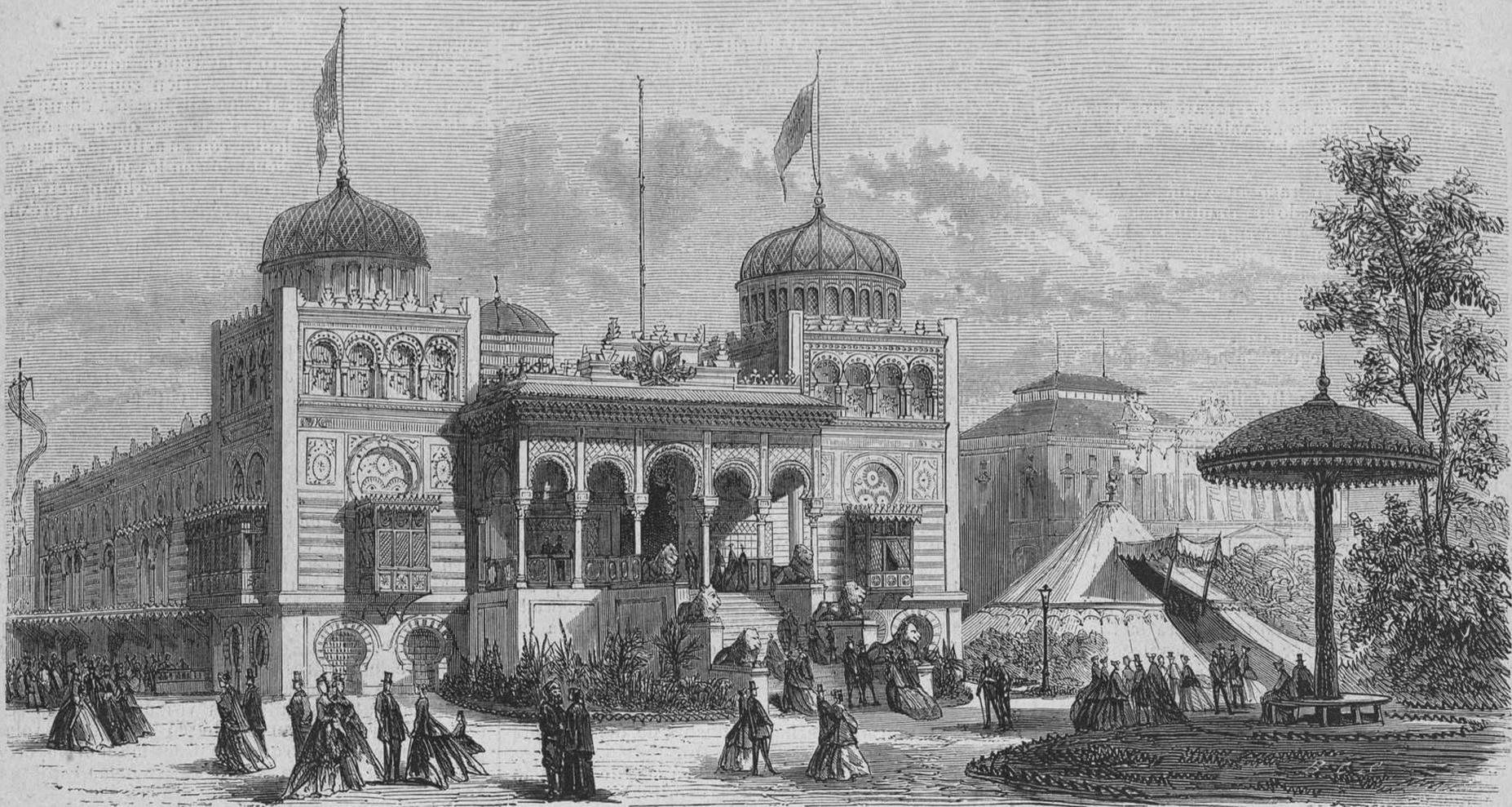
(Se continuará.)

## El palacio del bey de Túnez

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

A corta distancia de Túnez existe un palacio, maravilloso producto de la arquitectura moruna, llamado el *Bardo*, que sirve de residencia al bey. Ahora bien, este edificio, esta obra maestra, con sus paredes guarnecidas de azulejos, sus arcos elegantes y sus encajes de piedra, ha surgido de repente en un rincon del Campo de Marte. Por las márgenes del Sena ha dejado la proximidad del lago El-Bahira, por el agua dulce la onda salada, su cielo de fuego por el horizonte encapotado. Y ahí está, tal como se ve representado en nuestro dibujo. Ahí está con sus cúpulas de vivos colores, sus torres labradas, sus resplandecientes techumbres. Hé ahí su escalera de mármol, la escalera de los leones, esos reyes del desierto que se han vuelto perros á la puerta de un rey mas fuerte que ellos, y su vestibulo multicolor bordado de arabescos, sus esbeltas columnillas, sus arcadas tan finas como ligeras.

Si aun pudiera quedarnos alguna duda, no tenemos

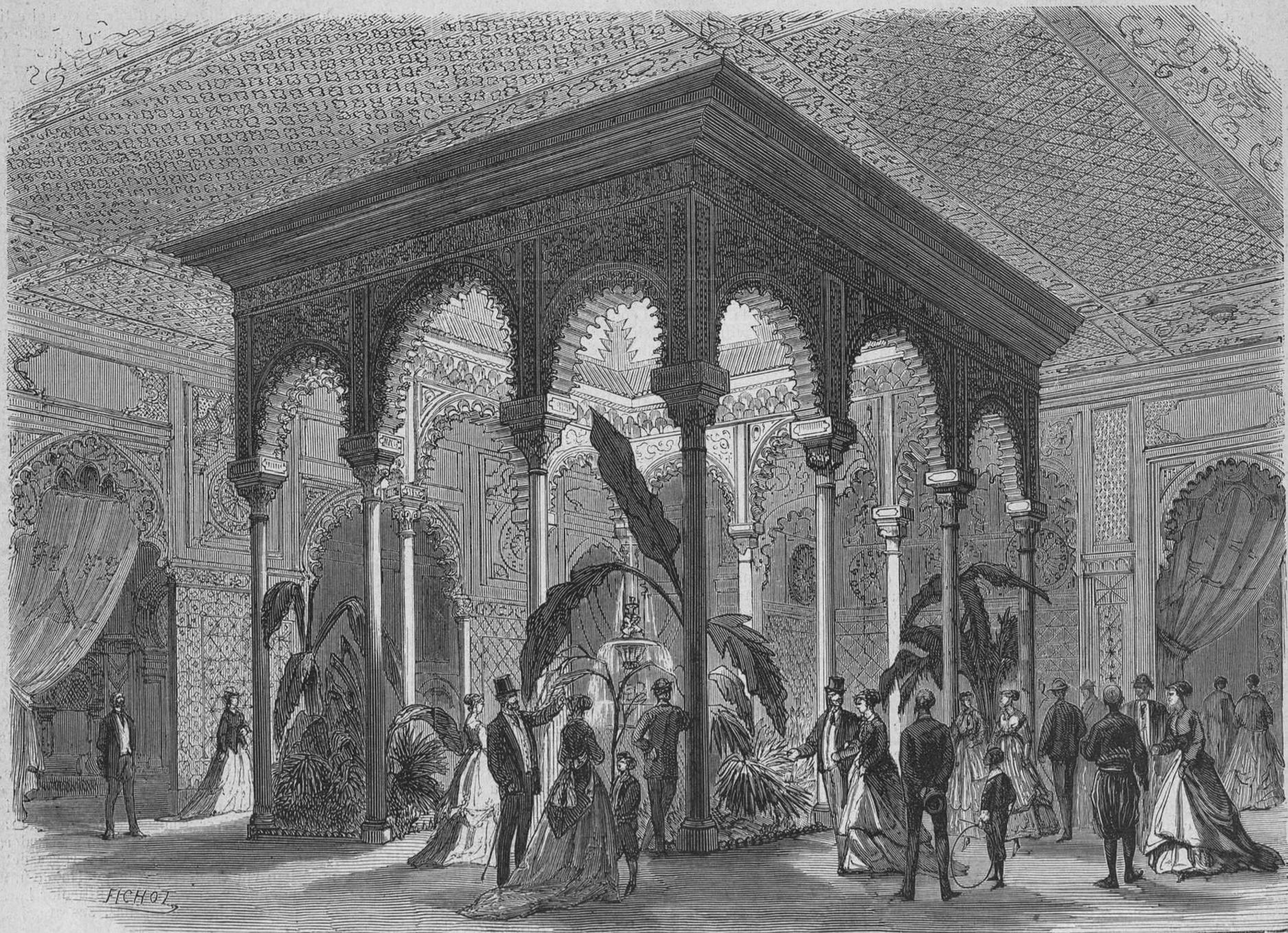


EXPOSICION UNIVERSAL. — Vista exterior del palacio del bey de Túnez.

mas que echar una mirada al interior. Abi está el patio con la fuente cristalina que esparce la frescura. Entremos, y reconoceremos los arcos en forma de herradura de su galería, sus paredes cubiertas de dibujos en donde resplandece el oro mezclado con los mas vivos colores. Examinemos esas salas y esos gabinetes, todos esos aposentos misteriosos, y además el salon del consejo, el

gran salon de recepcion con su cúpula que se parece á la bóveda del cielo; y en todas esas piezas admiremos el lujo, las suntuosas colgaduras, los divanes, los largos cofres incrustados de oro y marfil; esas paredes adornadas con trofeos, aquí las armas, allí las pipas, y por todas partes estantes cargados de preciosa alfarería. No es posible dudar, ese es el palacio del bey de Túnez.

Y sin embargo, el tal palacio del Campo de Marte no es mas que una reproduccion, un sencillo, pero admirable *fac-simile*, debido á los cuidados del comisario general del bey, M. J. de Lesseps, y al talento del arquitecto M. A. Chapon. Pero de todos modos, es por cierto una de las grandes curiosidades de la Exposicion de 1867.  
C. P. D.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Patio del palacio del bey de Túnez.

LOS USOS DEL BASTON.



El del viajero.



El de mas peso.



El mas glorioso



El mas temible.



El mas inofensivo.



El mas respetado en Inglaterra.



Palitroque contra el resfriado.



El primer baston.



El ultimo.

## Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Ya veremos qué contestará el ministro del interior á mi hermano, si no se respetan mis prerogativas. Ea, sepamos de qué se trata y despachemos pronto este asunto, porque no puedo detenerme aquí mucho. Cabalmente tengo una cita con un caballero en la Cité; sabe que en materia de negocios soy muy exacto y si no me ve á la hora convenida es capaz de irse: además, no pienso pedir ninguna indemnización por el perjuicio que me habeis ocasionado.

El *Truhan* concluyó su discurso por preguntar el nombre de los dos viejos buhos que tenia enfrente sentados, promoviendo estas palabras tal hilaridad en el auditorio, que hasta el mismo Bates no hubiera reído con mas ganas, á estar presente.

— ¡Silencio! gritó el carcelero.

— ¿De qué se le acusa? preguntó uno de los jueces.

— De robo, señor presidente.

— ¿Ha comparecido otras veces ante el tribunal el acusado?

— A juzgarle por sus méritos, hace mucho tiempo que debería haber comparecido, pero si no se le ha visto aquí, demasiado ha frecuentado otros lugares. Creed que le conozco bien, señor presidente.

— ¡Ah! ¿conque vos me conoceis? gritó el *Truhan* tomando nota de las palabras del llavero; pues está gracioso. ¡Calumnia, pura calumnia!

Y aquí otra vez se oyeron las risotadas del auditorio y los gritos del carcelero imponiendo silencio.

— Que se presenten los testigos, dijo el escribano.

— ¡Justo! Que se presenten, así los conoceré.

La curiosidad del acusado no tardó en satisfacerse. Se adelantó un polizonte, que aseguró haber visto como el preso metía la mano en el bolsillo de cierto individuo, del que sacó un pañuelo, y que pareciéndole sin duda demasiado viejo lo habia vuelto á meter en su sitio, sirviéndose antes del mismo para su uso particular. En consecuencia de este hecho habia procedido á su arresto, y al registrarle le encontró una caja para rapé, de plata, que tenia grabado el nombre de su dueño.

Este, cuya direccion se habia hallado por medio de la Guia de forasteros, juró ante el tribunal ser la caja de su legítima pertenencia y haberla echado de menos la vispera entre el gentío. Aseguró á mas, haber reparado en un jóven, que al parecer intentaba escaparse, reconociéndole por el mismo que estaba allí presente.

— Acusado, ¿teneis alguna observacion que hacer? ¿Qué contestais al testigo?

— ¡Pues qué! ¿Os figurais que me rebajaré hasta el extremo de discutir con él?

— ¿Teneis algo que alegar en favor vuestro?

— ¿No oís lo que os pregunta el señor presidente? dijo el llavero empujando con el codo al *Truhan*, que permanecia impassible.

— ¡Ah! si, disimulad, dijo como si despertara; ¿hablais conmigo, muchacho?

— Jamás he visto un perdido como este, dijo el llavero refunfuñando. Se os pregunta si teneis algo que alegar.

— No, no diré ni una palabra, porque el sitio no es oportuno, y á mas mi abogado ha ido á almorzar hoy con el vicepresidente de la cámara de los Comunes: otro dia será distinto; ni él ni yo permaneceremos callados, y sabed que no nos faltan amigos numerosos y respetables. Ya verán esos charlatanes que mas les valiera no haber nacido. Sus criados debían haberles colgado en la percha antes de permitir que vinieran á fastidiarme. Yo...

— Que vuelvan al acusado á su calabozo, interrumpió el escribano; el tribunal le declara preso.

— Ea, en marcha, dijo el carcelero.

— Ya voy, ya voy, replicó el *Truhan* cepillando el sombrero con la palma de la mano. ¡Ah! exclamó dirigiéndose á los magistrados. No os valdrá poner esa cara de miedo; no he de perdonar un ápice y la fiesta os costará cara. Por nada del mundo quisiera encontrarme en vuestra situacion, y aunque me pidais de rodillas que me marche á la calle lo rehusaré. Ea, tú, condúcame al calabozo, despacha.

El astuto *Truhan* se dejó agarrar por el cuello, repitiendo que su arresto originaria una cuestion de gabinete, hasta que estuvo en el patio, donde comenzó á reír á carcajadas, haciendo muecas al carcelero.

Noé en cuanto vió retirar al preso, se dirigió á escape al sitio en que le aguardaba maese Bates. Despues de buscarle un momento le vió metido en un escondrijo en que se habia agazapado para observar si algun individuo sospechoso seguia los pasos de su nuevo amigo.

Ambos se apresuraron á llevar á Fagin la consoladora noticia de que el *Truhan* no desairaba á su maestro, estando en camino de crearse un glorioso renombre.

XLIV.

Por muy acostumbrada que estuviese Nancy á la as-

tucia y al disimulo, no pudo ocultar por completo el efecto que produjo en su imaginacion el paso que acababa de dar. Acordábase que el pérfido judío y el brutal Sikes la habian confiado proyectos que ocultaron á todos los demás, persuadidos de que merecia toda su confianza y que estaba al abrigo de toda sospecha. Cierta es que aquellos proyectos eran inicuos, que sus autores eran unos infames y que Nancy aborrecia al judío, que poco á poco la habia arrastrado á un abismo de crímenes y miserias; pero aun así, hubo momentos en que vaciló en su resolucion, por el temor de que sus revelaciones hiciesen caer al judío en el precipicio que habia evitado por tanto tiempo, siendo ella la causa de su pérdida.

Aquella era la indecision de una mujer incapaz de abandonar á sus antiguos compañeros, pero dispuesta á fijarse atentamente en un objeto con el firme propósito de no dejarse detener por ninguna consideracion. Sus temores respecto á Sikes hubieran sido para ella un motivo mas poderoso para retroceder cuando aun era tiempo; pero habia estipulado que se guardaria el secreto religiosamente, sin decir una palabra que pudiese descubrir al bandido. Además, por amor á él no quiso aceptar un refugio donde hubiera estado al abrigo del vicio y de la miseria; ¿qué mas podia hacer? Su partido estaba tomado.

Aun cuando estas luchas interiores la condujesen siempre á la misma conclusion, llegaron á perturbar el espíritu de la jóven de tal modo, que al cabo de pocos dias quedóse flaca y pálida, no sabiendo á veces lo que pasaba á su alrededor, y no tomando parte en las conversaciones. Reíase á veces sin motivo y se agitaba otras sin causa aparente; en algunos momentos permanecia silenciosa y abatida, y el esfuerzo que hacia para salir de aquel estado, indicaba mas que nada su inquietud y que sus pensamientos estaban muy lejos de las personas que habia cerca de ella.

Erase un domingo por la noche, y el reloj de la vecina iglesia acababa de dar la hora. Sikes y el judío, que iban sin duda á discutir algun punto importante, se detuvieron para contar las campanadas, y Nancy, que estaba sentada en una silla baja, alzó la cabeza y se puso á escuchar atentamente. Daban las once.

— Dentro de una hora será la media noche, dijo Sikes levantando la cortina para mirar á la calle; está negro todo como boca de lobo; ¡qué buena noche seria esta para hacer negocio!

— ¡Ah! repuso el judío, ¡qué lástima, Guillermo, que no tengamos nada que hacer por el momento!

— Por una vez en vuestra vida teneis razon, replicó Sikes bruscamente; es lástima, porque me encuentro en las mejores disposiciones.

El judío exhaló un suspiro y se encogió de hombros con aire displicente.

— Será preciso recobrar el tiempo perdido tan pronto como encontremos una buena operacion, dijo Sikes.

— Hé ahí lo que se llama hablar bien, amigo mio, dijo Fagin aventurándose á ponerle la mano en el hombro; me gusta oiros hablar así.

— ¿Os gusta eso? replicó Sikes; pues tanto mejor.

— ¡Ja, ja! exclamó el judío soltando la carcajada como si se fuera animando; os reconozco esta noche, Guillermo, y bien puede decirse que estais en caja.

— Nunca lo estoy cuando siento sobre mi hombro vuestra vieja garra; conque así, fuera esa mano, exclamó Sikes rechazando al judío.

— Parece que el contacto de otra persona os irrita los nervios, ¿no es cierto? preguntó el judío resuelto á no incomodarse.

— Cuando me tocais, me parece que me toca el diablo, replicó Sikes; pues no he visto un hombre con un aspecto como el vuestro, como no fuera vuestro padre. Debo suponer que descendeis en línea recta del diablo, sin pertenecer á generacion alguna, lo cual nada tendria de extraño.

En vez de contestar al cumplido, Fagin tiró de la manga á Sikes, mostrándole á Nancy, que se habia aprovechado de la conversacion para ponerse su sombrero, dirigiéndose á la puerta.

— ¡Hola! Nancy, dijo Sikes; ¿á dónde diablos vas á estas horas?

— No lejos de aquí.

— ¿Qué quiere decir esa respuesta? replicó Sikes; ¿á dónde vas?

— No lejos de aquí, te digo.

— Y yo pregunto dónde, insistió Sikes con su ronco acento; ¿me entiendes?

— No sé dónde, repuso la jóven.

— ¡Pues bien! yo si lo sé, exclamó Sikes, mas irritado por la obstinacion de la jóven que por su deseo de salir. Yo te digo que no vas á ninguna parte; siéntate.

— No me encuentro bien, ya te lo he dicho, repuso Nancy; necesito tomar el aire.

— Pues asómate á la ventana y toma todo el que quieras, replicó Sikes.

— Eso no basta, es preciso que vaya á respirar á la calle.

— Pues yo te digo que no irás, exclamó Sikes.

Y así diciendo, levantóse, cerró la puerta con llave, y quitando el sombrero á Nancy, lo arrojó sobre un viejo armario.

— Ahora, dijo, ya puedes estarte quieta en tu puesto.

— No será el sombrero el que me impida salir, contestó la jóven poniéndose muy pálida. ¿Qué es eso, Guillermo? ¿sabes lo que haces?

— ¿Si sé lo que hago?... ¡Oh! exclamó Sikes volviéndose hácia Fagin, esta chica ha perdido la cabeza, ya lo veis, pues de lo contrario no hablaria así.

— Me obligareis á tomar un partido extremo, murmuró Nancy cruzándose las manos sobre el pecho como para contener los latidos de su corazon; dejadme salir... en seguida... al momento...

— ¡No! gritó Sikes.

— Decidle que me deje salir, Fagin; será mejor para él; ¿me oís? exclamó Nancy dando una patada en el suelo.

— ¡Oírte! repitió Sikes volviendo su silla para mirar de frente á la jóven; si hablas una palabra mas te echo el perro para que te ahogue; ¿qué diablo de mania es esa?

— Déjame salir, dijo la jóven insistiendo aun.

Y sentándose en el suelo, volvió á decir:

— Guillermo, déjame salir; mira que no sabes lo que haces, te digo que no lo sabes. ¡Vamos, una hora no mas!

— Que el diablo me lleve si esta chica no está loca, dijo Sikes cogiéndola bruscamente por el brazo. ¡Vamos, en pié!

— No me levantaré si no me dejas salir.

— Jamás... jamás...

— Déjame salir, gritaba la jóven.

Sikes esperó un momento favorable para cogerla de pronto las manos, y la arrastró, luchando, á una habitacion contigua, donde se sentó sobre un banco, y la hizo sentar á la fuerza en una silla. Allí continuó implorando al bandido hasta que oyó dar las doce, y entonces, desfallecida y agotadas sus fuerzas, dejó ya de insistir.

Despues de haberla intimado, con gran copia de juramentos, que no tratara de salir por aquella noche, Sikes dejó á la jóven sola y volvió á buscar al judío.

— ¡Pardiez! exclamó el bandido, enjugando el sudor que corria por su frente; ¡hé ahí una mujer extraña!

— Teneis razon, contestó Fagin con aire pensativo; no os engañais, Guillermo.

— ¿Por qué diablos se le habrá metido en la cabeza salir esta noche? preguntó Sikes; ¿qué pensais? Vamos, vos la conoceis mejor que yo; ¿qué significa eso?

— Terquedad de mujer, amigo mio, contestó Fagin encogiéndose de hombros; algun capricho.

— Supongo que será eso, murmuró Sikes; yo creí haberla domeñado y es ahora tan mala como antes.

— Es peor, replicó el judío con aire pensativo; nunca la he visto en tal estado por tan poca cosa.

— Ni yo tampoco, repuso Sikes; yo creo que se la ha contagiado esa maldita fiebre y que no la quiere abandonar. Podria muy bien ser eso, ¿no es verdad?

— Es probable, contestó el judío.

— Si vuelve á atacarla, dijo Sikes, la haré una pequeña sangría sin incomodar al médico.

El judío hizo con la cabeza una señal de aprobacion.

— Cuando yo estuve enfermo, permaneció junto á mi cama dia y noche, mientras que vos, viejo lobo que sois, no os presentásteis una sola vez. Estábamos muy pobres entonces, y pienso que el haber estado encerrada tanto tiempo la ha trastornado la cabeza. Por eso no es extraño que quiera salir á tomar el aire, ¿eh?

— Sin duda, amigo mio, repuso Fagin en voz baja; ¡Chut!

Al acabar de decir estas palabras, volvió á entrar la jóven y fué á sentarse en el mismo sitio de antes; sus ojos estaban hinchados, y comenzó á mecerse en su silla y á mover la cabeza. A los pocos momentos, soltó una carcajada.

— ¡Vamos, ahora pasa al otro extremo! exclamó Sikes, mirando á su compañero con aire de sorpresa.

El judío le hizo seña para que no hablara mas sobre aquello, y al cabo de algunos minutos volvió la jóven á su aspecto habitual.

Fagin, despues de asegurar á Sikes que ya no habria nada que temer por la jóven, le dió las buenas noches, y tomando su sombrero, dirigióse hácia la puerta.

Al llegar al dintel, detúvose un momento, y mirando á su alrededor, preguntó si no habia quien le alumbrase.

— Alúmbrale, dijo Sikes á Nancy, limpiando su pipa; seria lástima que se rompiera la cabeza él mismo, quitando así á los aficionados á curiosidades el placer de verle ahorcar.

Nancy siguió al viejo hasta lo último de la escalera con una vela en la mano. Llegados al portal, Fagin llevó un dedo á los labios y acercándose á la jóven le dijo en voz baja:

— ¿Qué tienes, Nancy? ¿qué te pasa, hija mia?

— ¿Qué quereis decir? contestó la jóven en el mismo tono.

— Quisiera saber la razon de todo esto, repuso Fagin; va sé que te trata muy mal... es un bruto... un animal feroz... ¿por qué no?...

— ¿Y bien? replicó Nancy, viendo que el judío se callaba, acercando la boca á su oído y sin dejar de mirarla.

— Nada mas por ahora, dijo Fagin; ya hablaremos. Tienes en mí un amigo, Nancy, un amigo á prueba; si sientes el deseo de vengarte del que te trata como á un perro... y aun peor, pues con su perro está algunas veces contento, ven á mí y te proporcionaré un medio seguro. Te lo repito, dirígite á mí, pues él es un amigo de ayer, y á mí, hace ya mucho tiempo que me conoces, Nancy.

— Os conozco bien, contestó la jóven, sin manifestar la menor emocion. Buenas noches.

Fagin tomó el camino de su casa, absorto en los pensamientos que se agitaban en su mente. Al ver lo que acababa de pasar en casa de Sikes, concibió la idea de que cansada Nancy de la brutalidad del bandido, se ha-

bria encaprichado por algun otro. El repentino cambio en su carácter, sus repetidas ausencias, su indiferencia respecto á los intereses de sus compañeros, por los cuales miraba tanto en otro tiempo, y en fin, su impaciencia por salir aquella noche á una hora determinada, eran circunstancias que favorecian su suposicion, cambiándola casi en certidumbre. El objeto de aquel nuevo capricho no era ninguno de sus discípulos; pero fuera quien fuese, debía ser una preciosa adquisicion, sobre todo con un auxiliar del temple de Nancy y convendria, pensaba Fagin ganarle á toda costa.

Pero todavía quedaba que resolver otra cuestion aun mas ardua. Sikes era ya peligroso, y sus groseros sarcasmos habian hecho al judío heridas, que no por estar ocultas eran menos profundas. Nancy debe saber bien, pensaba Fagin, que si le abandona, nunca estará al abrigo de su furor; es seguro que su nuevo amante tomará la defensa, lo cual puede costarle la vida ó quedar estropeado, y en este caso, ¿qué mucho que consintiera en envenenar á Sikes, por poco que se la incitase? Hay mujeres que han hecho otro tanto y algunas que han hecho mas en semejante caso. De este modo habré concluido con ese peligroso bribon, á quien aborrezco; otro tomará su lugar, y mi influencia con Nancy seria irresistible, estando yo en el secreto de su crimen.

Estas reflexiones surgieron de la mente del judío en el poco tiempo que se habia quedado solo en el cuarto del bandido, y ocupado con tales pensamientos, aprovechó la primera ocasion para sondear las intenciones de la jóven. Por eso, al despedirse de ella, le dijo, segun hemos visto, algunas palabras al oido. Nancy no pareció sorprendida, y era imposible que no comprendiese su significacion. Era seguro que sabia de qué se trataba, la mirada que lanzó á Fagin al despedirse era una prueba de ello.

Pero acaso vacilara en entenderse con él para matar á Sikes, y esto era sin embargo lo que principalmente debía alcanzarse. ¿Cómo podré aumentar mi influencia con ella? murmuraba el judío, al dirigirse á su casa con paso furtivo; ¿cómo adquirir mas imperio sobre Nancy?

Una imaginacion como la de Fagin siempre es fecunda en recursos; si pudiese, sin arrancar directamente una declaracion á la jóven, hacer que la espíasen para descubrir la causa de su repentino cambio, y amenazarla despues con revelarlo todo á Sikes, de quien tenia tanto miedo, si no secundaba sus miras; ¿no podria entonces contar con la obediencia de Nancy?

— Es seguro, dijo Fagin, casi en voz alta; entonces no se atreveria á negarme nada, no, nada en el mundo. El negocio es bueno; he hallado el medio, y lo pondré por obra. ¡Oh, ya te tengo, picarona!

Así diciendo, dirigió á su alrededor una espantosa sonrisa é hizo un gesto amenazador en la direccion del sitio donde dejara al bandido; despues continuó su marcha, agitando sus manos huesosas en los bolsillos de su viejo gaban, donde parecia aplastar á un enemigo á cada movimiento de sus crispados dedos.

XLV.

El judío se levantó muy temprano á la mañana siguiente, y aguardó con impaciencia la llegada de su nuevo asociado. Al cabo de algun tiempo, que á Fagin le pareció interminable, presentóse aquel, y atacó al almuerzo con voracidad.

— Bolter, dijo el judío, acercando su silla y sentándose enfrente del jóven.

— ¡Ea! hème aquí, contestó Noé; ¿qué hay? No me pidais nada hasta que acabe de almorzar, pues segun veo, aqui no se deja tiempo ni para digerir los bocados.

— Podeis hablar comiendo, ¿no es verdad? preguntó Fagin, maldiciendo en el fondo de su corazon la voracidad de su jóven amigo.

— ¡Oh! si, puedo hablar sin dejar de comer, repuso Noé cortando una enorme rebanada de pan. ¿Dónde está Carlota?

— Ha salido, contestó Fagin; la he enviado fuera esta mañana con la otra jóven, á fin de que nos quedásemos solos.

— Muy bien, dijo Noé, continuad; eso no me incomoda.

En efecto, Noé no parecia hacer ninguna interrupcion, y era evidente que se habia sentado á la mesa con la firme resolucion de no perder una dentellada.

— Habis dado un buen golpe ayer, amigo mio, dijo Fagin; es magnifico, seis chelines diez peniques en el primer dia; hareis fortuna en el comercio.

— No olvideis contar los tres botes de estaño y la jarra de leche, repuso Bolter.

— No, no, amigo mio, replicó el judío: fué un rasgo de ingenio el tomar los tres botes de estaño, pero es un verdadero golpe maestro el haber escamoteado la jarra.

— Me parece que no está mal para un principiante, observó Bolter con satisfaccion; la jarra estaba colgada á la puerta de un figon, y pensé que podria ensuciarse con la lluvia; ¡ja, ja, ja!

El judío fingió reir tambien de todo corazon, y Bolter, despues de concluir glotonamente con su rebanada de pan y manteca, comenzó á cortarse otra.

— Os necesito, Bolter, dijo Fagin, apoyando los codos en la mesa; os necesito para una comision que exige mucho cuidado y sutileza.

— ¡Vaya! contestó Bolter, no me hagais ahora correr peligros, ni me enveis al tribunal otra vez; eso no me conviene, ya os lo digo.

— No hay que correr el menor peligro, replicó el ju-

dío, ni siquiera la sombra de un peligro; se trata solamente de espiar á una mujer.

— ¿Es alguna vieja?

— No, una jóven.

— Desempeñaré bien la comision, dijo Bolter; en la escuela ya hacia yo eso. ¿Para qué voy á espiarla? Supongo que no será para...

— Para nada, interrumpió el judío; solo para decirme dónde va, con quién habla, y si es posible, lo que dice. Será preciso acordarse de la calle si es una calle, ó de la casa si entra en alguna, dándome todos los datos posibles.

— ¿Cuánto me dareis por el trabajo? preguntó Claypole, poniendo su vaso sobre la mesa y mirando fijamente al judío.

— Si lo haceis bien, se os dará una libra esterlina, una hermosa libra esterlina, amigo mio, replicó Fagin; y creed que nunca he dado tanto por ninguna comision, fuera la que fuese.

— ¿Quién es esa mujer? preguntó Noé.

— Una de las nuestras.

— ¡Oh, oh! exclamó Noé frotándose la punta de la nariz; ¿desconfiais de ella, á lo que parece?

— Ha hecho nuevos conocimientos, amigo mio, y es necesario que yo esté al corriente.

— Ya comprendo, dijo Noé; ¿quereis saber si esos conocimientos es gente á propósito, eh? ¡Ah! yo soy el que necesitais.

— Estaba seguro de ello, repuso Fagin, animado con el éxito de su proposicion.

— Sin duda, sin duda, contestó Noé. ¿Dónde está? ¿dónde hay que esperarla? ¿cuándo me pongo en campaña?

— En cuanto á eso, amigo mio, ya os tendré al corriente, y la vereis cuando sea tiempo, dijo Fagin. Estad pronto, y dejadme obrar.

Aquella noche, el dia siguiente y el otro, el espía estuvo preparado con su traje de carretero, dispuesto á salir á la primera palabra del judío. Seis noches pasaron así, seis largas y mortales noches; y cada una de ellas, entró Fagin en su casa con muy mal gesto, diciendo secamente que no habia llegado el momento. El sétimo dia entró mas pronto que de costumbre, y tan contento que no pudo disimular su satisfaccion. Era domingo.

— Esta noche sale, dijo el judío, y estoy seguro que es para el asunto en cuestion, pues ha permanecido sola todo el dia, y el hombre de quien tiene miedo no volverá hasta el amanecer. Venid conmigo pronto.

Noé estuvo listo en un abrir y cerrar de ojos sin decir una palabra, pues se le habia comunicado la actividad del judío; y saliendo sin hacer ruido de la casa, franquearon rápidamente un dédalo de calles, y llegaron por fin á la puerta de una taberna que Noé reconoció

ser la misma donde se hospedó la noche de su llegada á Londres.

Eran las once, y la puerta estaba cerrada; el judío silbó ligeramente, y se abrió al momento, volviéndose á cerrar tan pronto como hubieron entrado el judío y Noé.

Fagin y el jóven judío que les habia abierto la puerta, atreviéndose apenas á murmurar una palabra, señalaron con el dedo á Noé una ventanita, y le indicaron que se asomase á ella á fin de observar á la persona que estaba en la habitacion contigua.

— ¿Es esa la mujer? preguntó con voz tan baja que apenas se le oia.

El judío hizo una señal afirmativa.

— No veo bien su rostro, murmuró Noé en voz baja; tiene los ojos fijos en el suelo, y la luz está detrás de ella.

— No os movais, dijo Fagin.

Y haciendo una seña á Barney, este desapareció, y se le vió al momento en la habitacion contigua.

Bajo el pretexto de despabilar la vela, colocóla delante de la jóven, y la dirigió algunas palabras para hacerle levantar la cabeza.

— Ya la veo, dijo el espía.

— ¿La veis bien? preguntó el judío.

— La reconoceria entre mil.

Noé dejó la ventana, abrióse la puerta y la jóven se fué. Fagin colocó á Noé detrás de unas puertas vidrietas con cortinillas, y ambos contuvieron la respiracion en el momento que Nancy pasó á pocos pasos de su escondite.

— ¡Psit, ahora! murmuró Barney, que tenia la puerta abierta; hé aquí el momento.

Noé cambió una mirada con Fagin y se lanzó fuera.

— A la izquierda, le dijo Barney en voz baja; tomad la acera de enfrente y ¡atencion!

Obedeció Noé, y á la luz del gas pudo ver á la jóven andando delante de él; adelantóse lo que le pareció prudente, y se paró al otro lado de la calle para observar mejor sus movimientos. Nancy miraba á su alrededor con inquietud, y aun llegó á detenerse una vez para dejar pasar á dos hombres que la seguian de cerca. A medida que iba avanzando, parecia cobrar ánimo, y era su paso mas firme y resuelto.

El espía, siempre detrás de ella, á la misma distancia, la seguia sin perderla de vista.

XLVI.

Los relojes daban las doce menos cuarto cuando se vieron dos personas avanzar por el puente de Londres. Era la primera una mujer que caminaba con paso rápido, mirando á su alrededor como si buscara á alguien; y la otra era un hombre que se deslizaba en la sombra, regulando su paso por el de la mujer, deteniéndose cuando se detenia, y avanzando rápidamente cuando andaba, pero sin adelantarse nunca en el ardor de su persecucion. Atravesaron así el puente que conduce de Middlesex á Surrey, y entonces la mujer volvió atrás con aire inquieto, como si el rápido exámen que hacia de los transeúntes no hubiese obtenido resultado. Aunque el movimiento fué brusco, no por eso burló la vigilancia del espía, quien ocultándose en una de las arcadas del puente, se inclinó sobre el parapeto para ocultar mejor su semblante, dejando á la mujer pasar á la acera opuesta. Cuando estuvo á la misma distancia que antes, volvió á su paso acostumbrado, sin perder de vista á la que seguia. Llegados á la mitad del puente, detúvose la mujer, y el hombre se detuvo tambien.

La noche era sombría; el dia habia sido lluvioso, y en aquella hora y sitio no se veian ya transeúntes. Los que se dirigian presurosos á sus casas, atravesaban rápidamente sin parar la atencion en el hombre ni la mujer, ó acaso sin verlos.

El río estaba cubierto de una espesa niebla, á través de la cual percibiase apenas el rojizo resplandor de los fuegos encendidos en los barcos amarrados bajo el puente; era difícil distinguir en la oscuridad los negruzcos edificios que bordeaban el Támesis. De cada lado elevábanse viejos almacenes como una mole informe y confusa, que parecia inclinarse sobre el agua, demasiado sombría para que pudiese reflejar su forma indecisa. Percibiase en la sombra la antigua torre de la iglesia de San Salvador y la flecha de San Magno, aquellos guardianes seculares del viejo puente; pero el bosque de mástiles de los buques anclados y las flechas de las demás iglesias, se ocultaban completamente á la vista.

La jóven, siempre vigilada por su espía, habia pasado el puente varias veces, cuando la gran campana de San Pablo anunció la llegada de un nuevo dia.

Daban las doce de la noche en la populosa ciudad; eran las doce lo mismo para el palacio que para la choza, lo mismo para la prision que para el hospital; para todos, en fin, era la media noche; para los que nacen y los que mueren, para el cadáver helado como para el niño tranquilamente dormido en su cuna.

En el momento de oirse la última campanada, una jóven y un anciano de cabellos grises bajaron de un carruaje, y despues de despedir al cochero, dirigieronse al puente directamente. Apenas hubieron andado algunos pasos, acercóseles, estremeciéndose, la mujer que estaba paseándose.

El anciano y la jóven avanzaban mirando á su alrededor con el aire de personas que no esperan encontrar á quien buscan, y al acercarse la mujer detuviéronse, lanzando un grito de sorpresa, que reprimieron en se-

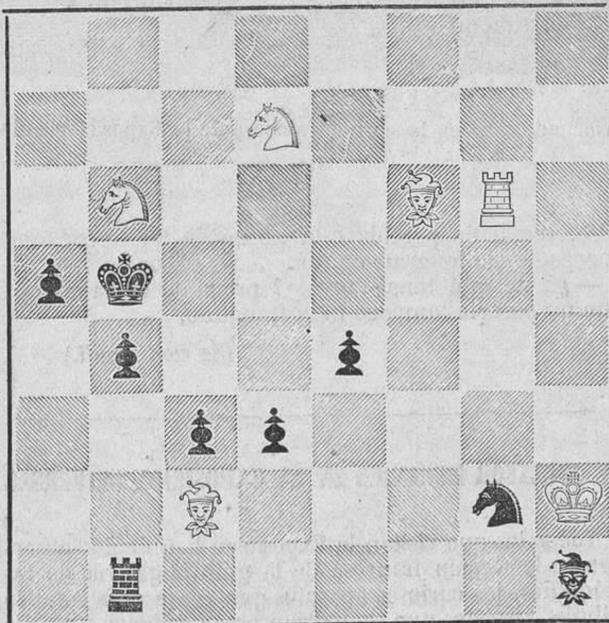
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 248.

- 1 T 2ª R R 5ª CR
- 2 T 6ª CR jaque Cualquiera
- 3 Uno de los caballos, se-  
gun, jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 249, POR M. F. KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

guida, porque en el mismo instante pasó rozándose un hombre en traje de campesino.

— Aquí no, exclamó Nancy con aire asustado; tengo miedo de hablaros aquí; venid á la escalera.

Al decir estas palabras, señalaba con el dedo la dirección que quería tomar.

Entonces el campesino volvió la cabeza, y después de preguntarle bruscamente con qué derecho ocupaban toda la acera, prosiguió su camino.

La escalera que designaba la joven era la de la orilla de Surrey, cerca de la iglesia de San Salvador, donde estaba la bajada al río. El hombre vestido de campesino se dirigió hacia aquel sitio sin que le observaran, y después de haber examinado un instante los alrededores, comenzó á bajar los escalones.

La escalera de que hemos hablado está pegada al puente, y se compone de tres tramos; precisamente en el sitio donde acaba el segundo, el muro de la izquierda termina en una pilastra que da frente al Támesis. En aquel punto se ensanchan los escalones de modo que una persona que vuelva al ángulo del muro, no puede ser vista por las que se hallan debajo, aun cuando no les separase más que un solo escalón. Llegado á este sitio, el hombre dirigió una rápida mirada á su alrededor, y viendo que no había mejor escondite, y que era bastante espacioso, gracias á la marea baja, arinconóse lo mejor que pudo con la espalda apoyada en la pilastra, y esperó, seguro de que los tres interlocutores no bajarían más que él, siéndole en todo caso muy fácil seguirles sin ser visto.

Parecióle el tiempo tan largo en aquel lugar solitario, y era tanta su avidez por saber la causa de aquella entrevista, tan diferente de lo que él esperaba, que más de una vez estuvo á punto de abandonar su puesto, creyendo que las tres personas se habrían detenido más arriba ó se hallarían en otro sitio entregadas á su misteriosa conversación. Ya iba á dejar su escondite y á subir al puente, cuando oyó ruido de pasos, y casi en el mismo instante la voz de personas que hablaban cerca de él.

Pegóse contra el muro y respirando apenas, escuchó atentamente.

— Bien estamos aquí, dijo una voz que era evidentemente la del caballero; no toleraré que esta señora vaya más lejos. Muchos hay que no hubieran tenido en vos la suficiente confianza para seguirnos hasta aquí; pero ya veis que quiero complacerlos.

— ¡Complacerme! replicó la joven que los conducía; en verdad que sois muy amable, caballero. ¡Complacerme! ¡bah! no hablemos de eso.

— ¡Pues bien! exclamó el caballero con acento benévolo; ¿cuál puede ser vuestra intención al traernos á un sitio tan extraño? ¿Por qué no habernos quedado en el puente, donde se ve mejor y no pasa casi nadie, en vez de hacernos venir á este oscuro y espantoso agujero?

— Ya os he dicho, repuso Nancy, que tenía miedo de hablaros arriba; y no sé por qué, añadió estremeciéndose,

dose, me hallo poseída esta noche de tal terror, que apenas puedo tenerme en pie.

— ¿Y de qué tenéis miedo? preguntó el caballero, que no parecía tampoco muy tranquilo.

(Se continuará.)

#### EL ASCENSOR MECANICO EN LA EXPOSICION UNIVERSAL

Todos los que visitan la Exposición han debido observar en la sección francesa de la gran galería de las Máquinas, los curiosos aparatos que representa nuestro dibujo, aparatos que se podrían creer solidarios, y que son completamente distintos. Examinar el uno será pues examinar el otro. El aparato se compone de cuatro columnas huecas de fundición, entre las cuales una elegante jaula, que llena el espacio entre estas columnas, sube del suelo de la galería á lo alto del palacio, y luego baja. Supongamos que está en el suelo á punto de operar una ascensión. Hé aquí que se pone en movimiento, y á medida que sube, se ve un enorme émbolo, sobre cuya cabeza está apoyado, que sale del suelo y la lleva hasta que llega al término de su ascensión. Cuando se hace la bajada, á medida que la jaula desciende,

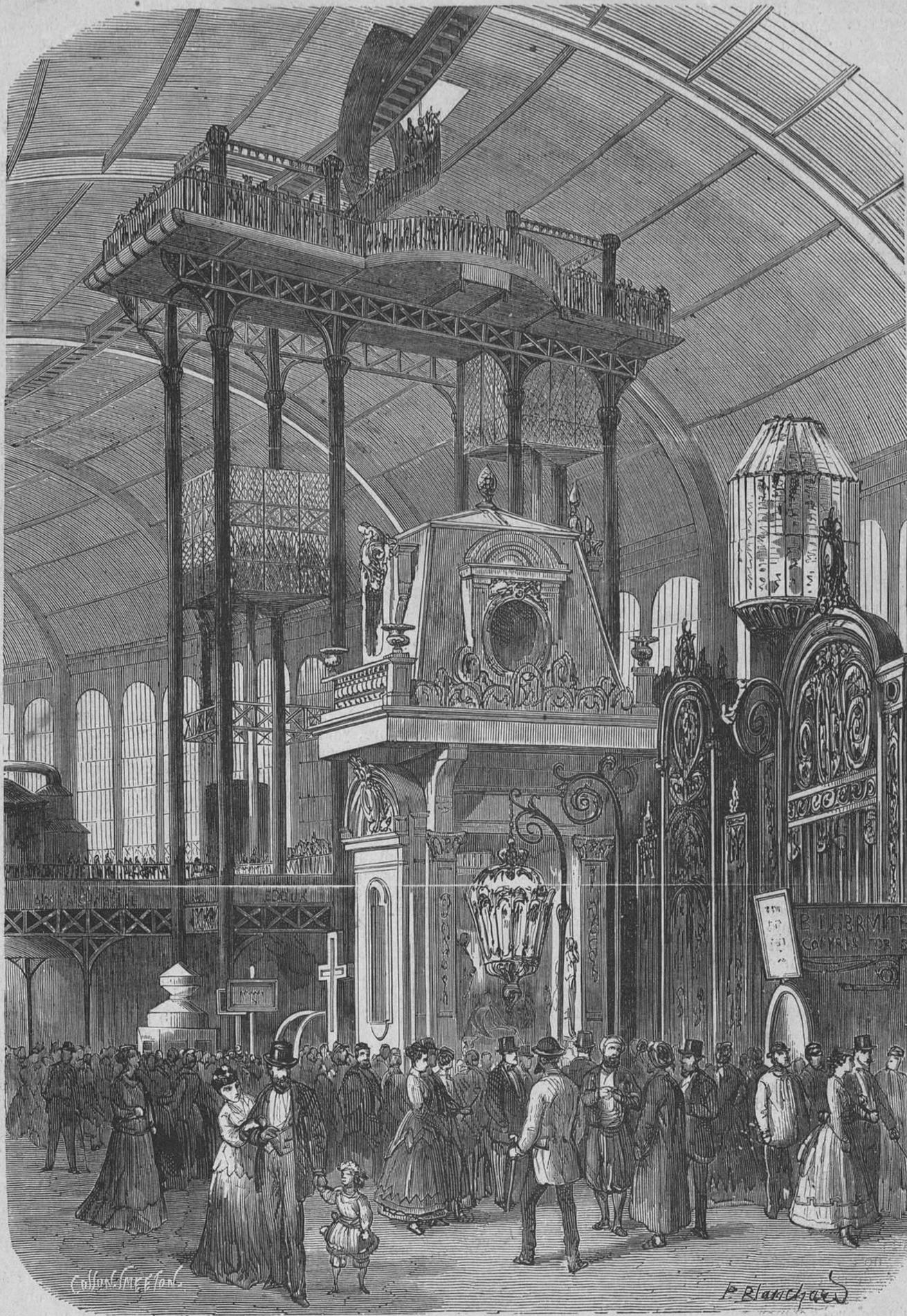
Llegada arriba, esta cadena pasa por una garrucha y se introduce en la columna. Del extremo de cada una de estas cuatro cadenas, cuelga una pesa que se eleva ó baja en esta columna, según el movimiento de la jaula, y cada pesa de estas equivale á la cuarta parte del peso total del aparato. El aparato se halla pues enteramente sostenido por las columnas, y la presión del agua solo tiene que obrar sobre el cargamento.

Otra explicación, y será la última. ¿Cómo estando en la jaula ó queriendo entrar en ella, se arregla su movimiento? Nada más sencillo. Unas cuerdas tendidas de arriba abajo del camino que hay que recorrer, comunican con las valvas de admisión y de salida del agua. Cuando se quiere tomar puesto en la jaula, no hay más que cerrar la valva de admisión, y el aparato se detiene. Una vez dentro, se cierra una valva ó la otra, en tanto que se abre la contraria para bajar ó para salir, según se quiera.

Tal es este ingenioso aparato debido á la invención de M. Edoux. Su aplicación á las casas de París sería utilísima. Los inquilinos de los pisos elevados se darían por muy contentos, así como los ancianos ó achacosos.

Para ciertos establecimientos públicos, como por ejemplo, los hospitales, sería de sumo provecho. Y es de advertir que el precio de uno de estos aparatos no tiene nada de exorbitante, pues varía, según la altura, entre ocho y quince mil francos.

C. P. D.



El ascensor mecánico en la sección francesa de la Exposición universal.

el émbolo va entrando progresivamente debajo de la tierra, hasta que acaba por desaparecer enteramente.

Ahora bien, ¿por qué medio funciona el aparato? Por la presión del agua, y hé aquí cómo. Para el juego ascendente y descendente del émbolo se ha abierto un pozo que debe tener naturalmente debajo del nivel del suelo, una profundidad igual á la altura que debe alcanzar la jaula. En el Campo de Marte esta profundidad es de 21 metros.

En este pozo se encuentra un cuerpo de bomba en el cual entra libremente el émbolo, pues se ha dejado un espacio vacío entre este émbolo, las paredes interiores y el fondo del cuerpo de bomba. En este espacio vacío entra el agua destinada á poner el aparato en movimiento. El agua viene de las alturas del Trocadero (32 metros), é introducida en el cuerpo de bomba, obra sobre el émbolo con una fuerza de tres atmósferas. Bajo esta presión, el émbolo se eleva gradualmente, y naturalmente la jaula con él. Cuando se quiere que baje, no hay más que cerrar la vía por donde llega el agua, y abrir aquella por donde debe salir. El peso de su jaula y de su cargamento basta para rechazar el agua que ocupa el cuerpo de bomba, y al punto el aparato baja. ¿Pero cómo, se preguntará, la presión del agua logra levantar un émbolo de hierro cuyo peso es tan enorme? El peso del émbolo está neutralizado por un peso igual al suyo de la manera siguiente. De cada uno de los cuatro ángulos de la jaula arranca una cadena que sube exteriormente á lo largo de las columnas huecas de que ya hemos hablado.